

ISSN: 2805-8836

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 10 - 91 p. - Montería, Colombia - 2025

Flora del Pilar Fernández Ortega (compiladora)



Bañal de
nistorias

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 10 - 91 p. - Montería, Colombia - 2025

Flora del Pilar Fernández Ortega
Compiladora

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 10

ISSN-e: 2805-8836

Primera edición, 2025

Escuela de Ciencias Sociales y Humanas

Programa de Comunicación Social - Periodismo

Seccional Montería

Arzobispo de Medellín y Gran Canciller UPB: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Rector Seccional Montería: Juan Camilo Restrepo Tamayo

Vicerrector Académico Sede central: Álvaro Gómez Fernández

Vicerrector Académico Seccional Montería: Roger Góez Gutiérrez

Decana de Escuela de Ciencias Sociales y Humanas: Kelly Sofia Doria Velásquez

Coordinadora Editorial UPB: Lisa María Colorado Rodríguez

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Editorial UPB

Corrección de Estilo: Mateo Muñetones

Fotografía: Tomadas por los mismos autores de las crónicas

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2025

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín - Colombia

Radicado: 2362-29-07-25

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Tabla de contenido

Prólogo.....	7
<i>Por Flora del Pilar Fernández Ortega</i>	
Antonio Ramos: marcado por la violencia bipartidista en San Onofre	9
<i>Por Alix Dayana Peña Ramos</i>	
Alcira Contreras, una oyente perpetua	14
<i>Por Biana Liz Contreras Fernández</i>	
Un legado de trabajo, fe y amor. La historia de una mujer extraordinaria: mi abuela	18
<i>Por Connie María Castillo Zabala</i>	
Llorar por un viernes	21
<i>Por Daniela Padilla Garcés</i>	
Villa Fátima: la tierrita del olvido	23
<i>Por Diana Sofía López Ruiz</i>	
La palabra “Amor” hecha persona	27
<i>Por Isa Carolina Pérez Ceballos</i>	
Pa´, creo que nos perdimos.....	31
<i>Por Isabella Guerrero Olarte</i>	
Familia Quintero Obagi. Cuando el cáncer toca la puerta: una batalla de fe.	38
<i>Por Isabella Quintero Obagi</i>	
Sara Khoshbin Rojas. La esperanza y la fe siempre van de la mano.....	42
<i>Por Juan Ignacio Acosta David</i>	
Un legado de sabor y servicio.....	45
<i>Por Juliana Martínez Vergara</i>	
La resiliencia de Lilia y el verdadero significado de esperanza	48
<i>Por Laura Marcela Núñez Soto</i>	
Coraje y resiliencia: la inspiradora historia de Álvaro Sánchez	52
<i>Por Lluvia Carolina González Rodríguez</i>	

Pasión sobre dos ruedas: velocidad, destreza y pasión en un espectáculo de adrenalina pura	56
<i>Por Luisa Fernanda Ortiz Berrocal</i>	
La masacre de Río Manso: un capítulo oscuro en la historia de Tierralta	59
<i>Por Luna María Espitia Portillo</i>	
El callejón de las mariposas	62
<i>Por María Paula Arteaga Cuadrado</i>	
Medellín, ciudad de flores y plomo en los años 80	64
<i>Por Mariana Fernández Pérez</i>	
Santos sacrificios.....	69
<i>Por Sophie Pretelt Guzmán</i>	
Emezeta: la voz que busca su lugar en el mundo	76
<i>Por Valentina Álvarez Mercado</i>	
Fronteras invisibles	81
<i>Por Valentina Cruz Oyola</i>	
Un partido aparte: Millonarios vs. Nacional.....	84
<i>Por Juan David Ruíz Gómez</i>	

Prólogo

Una de las áreas del conocimiento que más se ha beneficiado del avance tecnológico en los últimos años es la comunicación, y en particular, el periodismo. Las costumbres han cambiado: se ha pasado de lo impreso y manual a lo digital, transformando así la manera de presentar los géneros periodísticos. Entre ellos destaca la crónica, que, aunque se remonta a los orígenes del periodismo, aún perdura en la actualidad, habiendo cambiado únicamente su forma de presentación.

Martín Vivaldi define la crónica como “artículo narrativo, valorativo, interpretativo e informativo, de extensión variable y sobre temas de actualidad, generalmente narrado según el orden cronológico de los acontecimientos”. Cabe destacar que no siempre es un relato lineal, pero su principal característica es la cronología. Se considera que es un género híbrido a mitad de camino entre el estilo informativo y el de solicitud o estilo editorializante y el mismo periodismo interpretativo.

Expertos como Martínez Albertos señalan que los géneros periodísticos existentes, informativos, interpretativos y de opinión, se distinguen en el ámbito académico y en la formación de los futuros profesionales de la comunicación, pero que en la realidad se mezclan y arrojan nuevos géneros. De esta manera surgen nuevos formatos; crónicas con sabor a reportaje y reportajes con sabor a crónica.

Este ejercicio académico que realizan los estudiantes del programa de Comunicación Social – Periodismo de tercer semestre en el curso Narrativa Periodística, muestra que la crónica se mantiene fortalecida a través del tiempo.

Flora del Pilar Fernández Ortega

Antonio Ramos: marcado por la violencia bipartidista en San Onofre

Por Alix Dayana Peña Ramos



Fotografía: Alix Peña

Con una mirada cargada de nostalgia, en sus ojos se asoman los recuerdos al tener que viajar al pasado para contar una historia que, incluso después de cincuenta años, aún le duele. El 4 de agosto de 1950 es una fecha imborrable para Antonio Ramos: una guerra motivada por diferencias ideológicas le arrebató a su abuelo, Juan Patrón Troconis.

La muerte de Juan Patrón no fue un hecho al azar, confiesa Antonio. Tras la mudanza desde el municipio de Aguachica, sus abuelos maternos fueron recibidos por su amigo Luis Uribe en San Onofre, quien les brindó estancia en su lecho mientras se instalaban en el pueblo. Sin embargo, Antonio recuerda haber escuchado en su casa un comentario de Luis que dijo en referencia a Juan Patrón, “el día que estalle la revolución en San Onofre, el primer godó, cuando llegue la guerra, va a ser este viejo loco”.



Juan Patrón Troconis



Basílica Castro Ramírez

Fotografías: Horacio Ramos

Juan Patrón, fue un líder del partido Conservador en un momento crucial para Colombia. La muerte de Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril de 1948 había marcado un antes y un después en la historia nacional, no solamente en Bogotá, sino en varias regiones del país. Aunque para esa época eran evidentes las tensiones entre ideologías políticas y habían enfrentamientos entre el partido Conservador y Liberal en San Onofre, Antonio recuerda que estas no escalaban más allá de las palabras ofensivas. ¿Era entonces la muerte de Juan Patrón un presagio de lo que se vendría?

El día del trágico suceso, Antonio se encontraba en la casa de su mamá sacando agua del pozo. Al terminar, se dirigió a casa de su abuela, Basílica Castro, con el fin de buscar a su madre, Catalina Patrón. Al merodear por la casa de techo de palma, paredes de bahareque y suelo de tierra, no encontró ni a su madre ni a su abuela, por lo que decidió ir a casa de su tía Elsa Patrón. Pero justo antes de llegar escuchó los sollozos de su abuela, que venía con las manos en la cabeza, gesto que anunciaba una gran desgracia “Mataron a Juan, mataron a Juan”.

Con la voz entrecortada, Antonio, o *Toñito*, como le decían desde pequeño, repite exactamente las mismas palabras que marcaron su infancia cuando solo tenía diez años. Con orgullo cuenta que su abuelo era agrónomo y agrimensor, que para su época significaba lo que hoy en día llamamos topógrafo, o como lo define él, “quien mide tierra”.

Juan Patrón era una de las figuras que le infundió amor, curiosidad y el sueño de ser uno de los hombres que sacaría a su familia adelante. “Ese va a ser mecánico”, es lo que su abuelo le decía a su madre.

Tenía cuatro días de fallecido cuando el sobrino de Juan, Manuel Troconis, llegó a decirle a la familia lo que había sucedido. Sabían que estaba muerto, pero no tenían el cadáver. Fue tanto el impacto de Toñito al enterarse, que se desmayó; Toña y Carmen Pineda, unas vecinas de toda la vida, lo tomaron, le pusieron alcohol y le aconsejaron quedarse, pero un niño dolido y sin respuesta a sus preguntas solo quería ir donde estuviera su abuelo; pataleaba para que lo dejaran irse con él: “yo me voy con mi abuelo. Yo quiero irme con él.” Al repetir esas palabras que hace 74 años gritó desde el alma, a Antonio se le quiebra la voz: “eso me traumatizó de por vida, porque yo todavía siento eso, recuerdo eso [...]”.

Después de tres días de conocida la noticia de su muerte, los amigos conservadores de Juan, con un ruido estruendoso por los caballos a riendas (que hicieron pensar a los Patrón que venían los asesinos de su patriarca), llegaron vislumbrándose entre las pálidas luces de los mecheros de gasolina alrededor de las nueve de la noche. Con las botas embarradas por la época de invierno que azotaba la zona, Eumundo Vaiceiro dijo a viva voz: “Juan Patrón no se va a podrir en el monte, no se lo va a comer el golero. El que sea conservador, que me acompañe, vamos a buscarlo”.

Antonio cuenta que, en ese pueblito sucreño, antes de la violencia sangrienta del bipartidismo, la justicia era impartida por los mismos sanonofrinos. La falta más grave que se podía cometer era pagada con un castigo en el cepo; la presencia del ejército era nula. Lo que funcionaba como cuerpo policial eran personas elegidas por el partido político del alcalde de turno. “Los policías solo portaban un pequeño sombrero, un uniforme de rayas y un bolillo”, recuerda Antonio.

La violencia bipartidista venía cocinándose desde el incidente en Bogotá, pero en los pueblos no se vivió hasta un tiempo después, ya que casi todos los municipios del país estaban completamente incommunicados. Por ejemplo, San Onofre no contaba con luz, solo había un teléfono y, tras enviar un mensaje, era preciso esperar una semana

para que llegara a su destino; por lo que los sucesos nacionales llegaban como ecos tardíos, pero con una fuerza que despertaba una violencia silenciosa que tocaba las puertas de los sanonofrinos.

La muerte de Juan Patrón no inició la sangrienta guerra que se desataría después en San Onofre, pero puede marcarse como un acontecimiento clave para señalar el comienzo de una batalla entre liberales y conservadores. El pueblo quedó solo, las gallinas se perdieron y las casas parecían fantasmas, porque sus habitantes empezaron a huir al único lugar al que se podía recurrir para estar a salvo: el monte y las fincas alejadas. Entre estos se encontraban José Pineda, Camilo Rocha, Ismael Hernández, amigos de Juan Patrón, quienes habían ayudado a recoger su cuerpo, y que no querían perder su vida.

La violencia se volvió tan fuerte que por primera vez llegó a San Onofre un teniente, el teniente Hilarión, quien arribó con un batallón de soldados y con la misión de poner orden en el pueblo. Entre los soldados, Antonio destaca un nombre imborrable para su memoria, un “Cachaco” de baja estatura apodado *Numa*, y menciona que él azotaba en las calles a cualquier liberal que se encontrara.

Sobre cómo murió su abuelo y por qué, Antonio recuerda haber escuchado que murió solo en su finca, *Las Termópilas*, por un atentado por parte de los liberales; presuntamente liderado por su amigo Luis Uribe y un señor de apellido Rodríguez, que vivía cerca de su casa. El cuerpo de Juan Patrón fue hallado con un tiro de arma de fuego en la espalda y descuartizado por las extremidades. Sus amigos trajeron sus restos envueltos en una hamaca y el ataúd fue forrado para que nadie viera lo que hicieron con él.

Por ese motivo a Toñito nunca lo dejaron ver a su abuelo en su lecho de muerte ni pudo ir al velorio, que duró casi un mes, ya que en esa época esa era la costumbre. Pero, como era un niño, Antonio cuenta que solo pudo irse en lágrimas, no había nadie que lo calmara, él había acompañado a sus abuelos desde que tenía uso de razón; por lo que nunca más lo llevaron al velorio y lo trasladaron a la vivienda de Margarita Gutiérrez, quien lo ayudó a sobrellevar el dolor.

La última vez que Antonio vio a su abuelo fue en la puerta de su casa cuando se asomó para decirle a su madre Catalina que se iría a *Las Termópilas* y le traería comida a ella y a sus hijos. Alrededor de las diez de la mañana, en el polvoriento camino y bajo un sol caliente, Antonio vio desaparecer a su abuelo en la lejanía, montado sobre su mula, apodada *Panela*. Confiesa que todavía sigue esperando a que su abuelo vuelva, como lo hacía siempre. ◦

Alcira Contreras, una oyente perpetua

Por Biana Liz Contreras Fernández



Todos los días de Dios, el sonido de la radio en la casa de Alcira es como escuchar el canto de un gallo anunciando el comienzo de un nuevo día.

Sus párpados ya un poco caídos, unas cuantas arrugas, con 76 o 77 años. Al llegar la vejez, cumplir años sigue siendo valioso, pero los números se van olvidando, pierden de algún modo la importancia, pasan a un segundo plano cuando la experiencia y el hecho de seguir vivos es lo más sobresaliente. A pesar de los años que le pesan, la pasión de Alcira por la radio sigue con la fuerza de cualquier espíritu jovial.

Entre las hojas húmedas de los árboles, los primeros cantos de los pájaros, el despertar del sol, el olor a humo producido por las basuras incendiadas, y las madrugadas atareadas y cargadas de neblina, nació en Valparaíso, zona rural del municipio de San Pelayo, su gusto por escuchar la radio. Su madre, Eudosa Olivares, como prefería que la llamaran (con su segundo nombre), era una de las tres o dos personas del pueblo que tenían radio. Alcira recuerda que su madre, en los años

sesenta, encendía el gran aparato a las cuatro de la mañana y escuchaba, mientras hacía los oficios de la casa, “La Voz de Montería” (una de las primeras emisoras de Córdoba, junto con Emisoras Sinú y Radio cordobesa; una de las fundadas por Germán Gómez Peláez), y escuchaba desde el evangelio, hasta los cubrimientos de lo que se vivía en Cuba cuando Fidel Castro estaba en el poder.

“Sabroso que es tomarse un pocillo de tinto con un puñado de arroz”, así comenzaban las mañanas, con el ánimo y el humor de los refranes pueblerinos mencionados por los periodistas. Así lo cuenta con emoción Nur Contreras, hermana de Alcira, quien también relata con seguridad que el gusto de su hermana por la radio, lo heredó de su madre.



Valparaíso, San Pelayo.

A Alcira le gustaba escuchar los radioteatros, esos que llenaban de emoción a todo el pueblo, que reunían a los vecinos en la casa, quienes de pie o sentados en cualquier rinconcito escuchaban con ansias las historias novelescas. Alcira recuerda una radionovela que daban todos los días a las siete de la noche, en la que el protagonista era Carlos de la Fuente, quien hacía el papel del niño Raúl, “me acuerdo de que en la novela la señora del servicio siempre decía: niño Raúl tome el café”. Tal vez su facilidad para recordar esta frase está relacionada con su pasión por esta bebida.

En la mañana, mientras barre las hojas que caen del manguero, lava los platos y cocina el papoche para el desayuno, se acompaña de los noti-

cieros, programas de farándula y de humor. En una de esas ocasiones ella escuchaba al reconocido periodista radial Juan Gossáin, quien tenía un programa sobre palabras extrañas y con él aprendió que “polvareda” era la palabra correcta para referirse al polvo levantado de la tierra, en vez de “polvorín”, como ella decía, porque este último se refería a la pólvora. Este descubrimiento lingüístico causó un gran impacto en Alcira y se dio cuenta que a través de la radio también podía educarse, al punto de usar un diccionario mientras la escuchaba.

Su hijo Marlon recuerda un hecho que lo marcó para siempre cuando él tenía ocho años. Su madre como de costumbre tenía la radio encendida, y en ese momento escuchó el sonido de una trompeta fúnebre que todavía resuena en su mente: habían asesinado al ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla, el 30 de abril de 1984. Fue una noticia que lo estremeció no solo a él, como niño, sino a su madre y también a toda Colombia. Alcira afirma que desde allí comenzó una ola de noticias de muerte en el país.

Su primera etapa escuchando la radio finaliza a las doce del mediodía, cuando la televisión se roba por un momento el protagonismo. “Yo escucho el radio primero y después la televisión, para mí la radio es lo primero”.



Radios de Alcira

En las horas de la tarde escucha Frecuencia Bolivariana y a las cuatro de la tarde se relaja escuchando “La Luciérnaga” en Caracol Radio. Si alguien llega a su casa, mientras prepara café, desde la cocina, comienza a contarle lo que ha escuchado en los programas radiales con todos los detalles, lo hace con mucho entusiasmo: accidentes, consejos médicos,

anuncios políticos y cualquier cosa que le haya llamado la atención en su papel de oyente, hacen parte de su charla; ella actualiza a las personas muchas veces aún sin ser consciente de ello.

Entre las letanías noticiosas, avisos, y música que oía por la radio, crecía en Alcira su amor por este medio de comunicación, que para ella era mucho más que eso. Tan cercana es su relación con este medio, que ha perdido la cuenta de cuántos radios ha comprado durante toda su vida; cuando se le ha dañado alguno, se desespera y busca la forma de conseguirlo.

Al igual que muchos aparatos radiales han evolucionado en su estructura material, incluyendo las “desechables” que Alcira menciona con cierta decepción, también ha progresado el contenido de la radio. A pesar de los cambios, esta leal oyente continúa sintonizando las emisoras y no se cierra a las innovadoras formas de hacer radio.

Antes criticaba a su madre por escuchar noticias, pero ahora, como adulta, en su entorno familiar y laboral, fuera del apoyo de su madre, Alcira ha logrado transmitirle algo especial a su hijo Marlon. Por la mañana, mientras se prepara para salir a trabajar, él enciende la emisora desde su celular, usando un medio distinto, y así, de manera sencilla, lleva consigo una herencia única y significativa.

Entre nombres como Antonio Sánchez Charry, de Emisoras Sinú (la primera emisora radial de Montería- Córdoba); Jaime Montoya, de RCN radio; Juan Gossaín y muchos más, la radio aportó y aporta grandemente a la memoria de hechos históricos, la educación a distancia, el entretenimiento, todo esto que ha quedado impregnado en la mente y el corazón de Alcira.

En una ocasión, al referirse a la pregunta sobre si se retiraría de la radio, el periodista Juan Gossaín dijo que estaba condenado a “cabina perpetua”, y hoy se puede decir sin dudar que Alcira Contreras, está condenada a ser una “oyente perpetua”. ◦ _____

Un legado de trabajo, fe y amor. La historia de una mujer extraordinaria: mi abuela

Por Connie María Castillo Zabala



Mi abuela, Pabla Hernández, es una mujer admirable y trabajadora, nacida y criada en las tierras de Mocarí. A lo largo de su vida ha demostrado una gran dedicación y un gran compromiso hacia sus responsabilidades. Ha sacado adelante a sus hijos trabajando en diferentes áreas, mostrando su valentía y determinación.

Su vida tomó un giro significativo cuando conoció a mi abuelo, a pesar de los rumores que lo rodeaban sobre su afición por los bares y los juegos de azar. Aunque esos rumores resultaron ser ciertos, mi abuela no permitió que eso la detuviera. Se casaron y, lamentablemente, enfrentaron tiempos difíciles debido a su comportamiento. Sin embargo, en lugar de rendirse ante las adversidades, mi abuela demostró una increíble determinación para seguir adelante.

Luego nació mi madre, Dora, y esos años estuvieron marcados por noches de lágrimas y hambre. Mi abuelo, consumido por los juegos de azar, derrochaba el dinero familiar, lo que dejaba a mi abuela y a mi madre sin los medios necesarios para alimentarse adecuadamente.

Mi madre, a pesar de su joven edad, asumió la responsabilidad de las tareas domésticas para mantener el hogar. Sus funciones incluían cocinar, lavar y demás. Se encargaba de todo mientras cuidaba de mi abuelo, a quien, tanto ella como yo, amábamos profundamente. Esta dedicación hacia él perduró por mucho tiempo.

Mi abuela, además de trabajadora, es profundamente religiosa. Su fe ha sido una fuente constante de fuerza y consuelo durante su vida, guiándola en momentos difíciles y brindándole inspiración y paz interior.

Después dio a luz a mi tía Darlis, quien se enfrentó a una enfermedad grave que pudo haber sido mortal. Esta enfermedad tuvo su origen en un descuido por parte de una joven empleada del centro de bienestar donde trabajaba mi abuela. Confianza en esta joven para cuidar de mi tía recién nacida, mi abuela descubrió que su irresponsabilidad había llevado a que mi tía fuera alimentada con un biberón sucio.

Los síntomas que experimentó mi tía fueron severos: diarrea, vómitos, falta de apetito e incluso llegó a estar físicamente desnutrida, perdiendo su cabello en el proceso. A pesar de los esfuerzos médicos, la enfermedad no cedía, sumiendo a mi abuela en una profunda preocupación.

Desesperada por la salud de su hija, mi abuela tomó una decisión audaz: hizo un pacto con la Virgen María. Le ofreció un rosario que colocaría alrededor del cuello de mi tía, prometiendo que nunca sería retirado. En su ferviente fe, mi abuela creía que este acto crearía un vínculo sagrado entre su hija y la Virgen, y que, si la Virgen curaba a mi tía, el rosario no podría ser retirado. Y así sucedió, este acuerdo fue un testimonio de creencia y devoción de mi abuela. El rosario se convirtió en un símbolo tangible de su esperanza en el poder divino para sanar a su amada hija.

Es un honor y un privilegio tener a mi abuela como modelo a seguir. Su fortaleza y sacrificio han dejado una huella imborrable en la vida de

todos los que la conocen, recordándonos que, incluso en los momentos más difíciles, sus creencias pueden abrir el camino hacia la sanación y la esperanza. Su legado perdurará en nuestra familia y en la sociedad como un recordatorio eterno de la fuerza del amor. ◦

Llorar por un viernes

Por Daniela Padilla Garcés

Ana, una joven de sonrisa radiante y corazón noble, jamás imaginó que el flechazo del primer semestre se convertiría en una montaña rusa de emociones. Su amiga Paula le presentó a Tomás, un joven alto de mirada coqueta y sonrisa encantadora. Desde ese instante, el mundo de Ana se alumbró infinitamente.



Al pasar el tiempo, ellos compartían risas, saludos en la universidad y salieron a comer. Tomás era atento, recordaba que Ana no podía comer queso y le avisaba cuando llegaba a su casa. La ilusión crecía en el corazón de Ana, y ella se sentía cada vez más cerca del joven que la atrapó desde el primer día.

Sin embargo, eso cambió. Los mensajes de Tomás se apagaron y su saludo en la universidad no era el mismo. La confusión se apoderó de Ana, quien no comprendía el cambio repentino. Días después, se enteró de una dura verdad; el novio de una amiga le había llenado la cabeza a Tomás con mentiras sobre ella, tildándola de “perra” y asegurando que él merecía a alguien mejor. Como si fuera poco, también descubrió que Tomás nunca había dejado de hablar con una antigua novia del colegio.

Ana, desilusionada, decidió ir a casa de Tomás. Nerviosa, con la voz entrecortada, le dijo que necesitaba hablar con él. Tomás en ese momento estaba ocupado en otros asuntos y le propuso que se vieran el viernes próximo en la universidad.

Pero la cita no se cumplió. Un mensaje de Tomás llegó a su celular, rompiendo en pedazos la ilusión que aún mantenía. Él le pidió disculpas por haberle hecho perder el tiempo, y le anunció que podían ser amigos. En ese instante, ella empezó a llorar y se llenó de impotencia.



El viernes llegó y, por cosas del destino, Ana y Tomás se encontraron en la universidad. Isabella, una amiga de Ana, la había invitado a desayunar y él estaba allí. A Ana no le importó y llegó al sitio donde estaba Isabella; el amigo de Tomás la vio llegar y la saludó; realmente, ella esperaba un saludo de Tomás, pero él la miró como si no la conociera. En ese momento, ella comprendió que era hora de cerrar el capítulo.

Aceptando la realidad, con la madurez que la caracterizaba, Ana compró su desayuno y se fue. La ilusión se había ido, dejando paso a una lección invaluable: el amor no siempre es correspondido, así que la prioridad hemos de hallarla en la dignidad y el amor propio. ◦

Villa Fátima: la tierrita del olvido

Por Diana Sofía López Ruiz



Fotografía: José Tuirán

Ubicada en lo más recóndito de la alta Guajira, zona de territorio Wayúu, se encuentra la pequeña comunidad que lleva por nombre Villa Fátima, llena de tradiciones, cultura y respeto.

Su ingreso se hace por trochas destapadas y en chivas, por lo que, a lo largo del camino, se siente el polvillo del desierto molestando en los ojos, la brisa con salitre estremeciendo al visitante, el sol reluciente y sentir un paisaje inspirador. A la llegada a Villa Fátima, se reconoce a los hombres luciendo su sombrero tejido, las mujeres con las caras pintadas y sus mantas coloridas; se escucha el balido de los chivos y el silbido del viento que viene desde la propia Punta Gallina. “Es como un tesoro oculto, oculto del mundo, de la modernización, del trájín de la vida agobiante en la ciudad” –afirma con emoción el profesor José Tuirán- quien educa a los niños de Villa Fátima.

Los Wayúu te hospedan como si fueras uno más de ellos, pues son conscientes de que hay una parte de la historia que nos une y que entre las venas de los rostros pálidos se esconden pequeños rasgos indígenas, rasgos de lo que alguna vez fueron: indígenas desconocidos.

Fotografía: José Tuirán



A pesar de no contar con comodidades, en ese lugar hay un sinnfín de posibilidades. Agradecen por el sol, la luna, las estrellas y cada cosa que, por muy minúscula que sea, dota de sentido sus vidas.

Me permitiré realizar una analogía de Villa Fátima con Macondo, pueblo con casas de barro y techos de caña brava, que parece detenido en el tiempo prehistórico, pero también un pueblo mágico y encantador. Pero, ¿dónde se encuentra esa esencia? Esa esencia está en su gente, en esos indígenas, “en esos sabios que en todo tienen razón”, dice entusiasmado el profesor, al referirse a todo lo que encontró en aquel pueblito.

Uno de los fenómenos que más causan asombro, es que aún las niñas son sometidas a un encierro cuando se desarrollan. Pero no solo tienen costumbres antiguas de “torturas”, también conservan el poder de

Fotografía: Arjuna Wayúu



Fotografía: José Tuirán

la palabra, pues todo es resuelto por un sabedor, que representa la autoridad, y un palabrero; es como un juzgado en la vida citadina. Conservan las leyendas en torno al sol, a la luna y al cerro la Makuira (península de la Guajira), y también su gastronomía; comen chivos, arepas y la famosa chicha. Ven la muerte como un paso al paraíso de los ancestros. Sépase que los Wayúu tienen dos entierros, pues solo así se puede llegar a ese paraíso.

¿Pero cuál es la razón del estar allá? –le pregunté al profesor.

“Es que el solo hecho de educar niños indígenas lo puedo describir como maravilloso, el poder sembrar la esperanza de que hay un mundo después del cerro, poderles mostrar la vida desde otro ángulo, desde otros saberes, desde otros conocimientos y experiencias”.

Lo más fascinante es el intercambio cultural que día a día tenía el profesor, pues a los estudiantes les parecía interesante cualquier novedad que llevara a la clase: “[...] aunque a veces me sacaran la piedra por



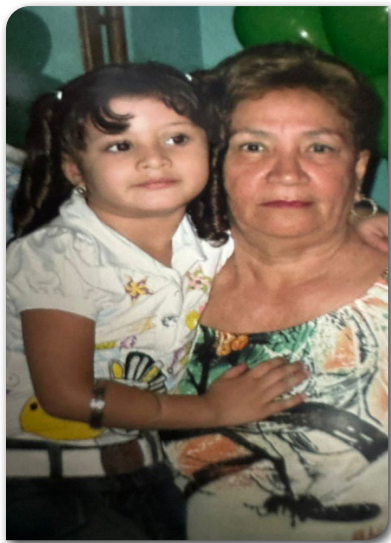
Fotografía: Arijuna Wayúu

hablar en su lengua materna, Wayunaiki, para que no les entendiera nada; hasta ese simple acto me dejó con ganas de también aprenderla”, dice entre risas el profesor.

Hay algo importante por rescatar de esos niños y de toda la comunidad indígena: el coraje que mantienen a la hora de considerarse independientes ante un país tan opresor, aquella valentía y gallardía de no dejarse imponer el español y seguir hablando el Wayunaiki como su lengua materna, el acontecimiento de que son y se sienten indígenas hasta el final de sus días. ◦

La palabra “Amor” hecha persona

Por Isa Carolina Pérez Ceballos



Daniela Rosa Pérez Padilla de Pérez nació el 9 de julio de 1942. A ella, si le agregaban ese último “de Pérez”, tiraba tres “nojoda” y se quedaba en total silencio.

Carolina de Rocaverde, legítima sobrina de la Condesa de la Palma (como algunos la llamaban), fue una mujer de servicio y trabajo; pero, sobre todo, fue gran ejemplo de amor.

Su niñez se vio marcada por cantidades de enredos familiares, al punto de resultar como con veinte hermanos, a los que quiso por igual, independiente de los motivos que los afilió como parte de la misma familia.

Orgullosamente planetera, Daniela Pérez aprendió cosas básicas, que ahora solo médicos y personas estudiadas saben. Conocía formas de tratar personas, hasta atendió partos siendo una joven y, con el pasar

del tiempo, sin pensarlo, se convirtió en una mujer puesta al servicio de las personas; católica extremista para algunos, fiel seguidora de Dios para otros, y para ella misma, una persona con mucho amor dado por Dios para ayudar, lo cual incluía que siguiera sin reproche todas las reglas de sus creencias.

Siendo joven quiso ser monja, porque siempre estuvo rodeada de personas religiosas, pero, al final, terminó yendo a un colegio de hombres, donde adquirió conocimientos valiosos que le servirían más adelante al empezar su vida adulta. También aprendió cantidades de chistes pesados, tomó un vocabulario basto (como ella misma decía), y cada que podía, no desaprovechaba la oportunidad de salir con sus dichos toscos.

Como no siempre estaría en los brazos de sus padres, conoció a quien se convirtió en su esposo, y sostuvo un matrimonio de más de 50 años, que, a pesar de haber sido lindo al principio, se convirtió en una cruz pesada, la misma cruz que sus nietas describían como más pesada que la de Jesucristo el Viernes Santo. Su esposo, por quien se escapó y enfrentó a su familia, le dio lidia. Era agresivo y de temperamento difícil, amante de las mujeres y la vida loca, medio alcohólico, pero, eso es algo que “La Pérez” solo compartía con su capullo, con su compañía, con su bastoncito, su nieta, hija de su último hijo, el consentido; mismo que no le permitía mal comportamiento al papá y quien, siendo apenas un niño, lo amenazaba con tirarle la ropa a la calle.

Cuando se estableció en La Perla del Sinú, además de estar casada y siendo joven, buscó trabajos, se volvió la mano derecha de personas importantes dentro del Partido Conservador, partido político que conocía gracias a su padre y por el que llegó a cometer acciones ilegales; pero bueno, era por los mismos políticos que le daban hasta un millón y le decían: “toma Danielita, divida, ahí tiene para usted y para que nos ayude con los votos”, y ella ni corta ni perezosa mandaba a armar unos mercados y los entregaba a personas que lo necesitaran y, obviamente, estos le ayudaban con los votos. Más que un acto de interés, ganaba el candidato que le ayudaba con ofertas de trabajo para sus familiares, y era un apoyo a personas con escasos recursos económicos.

Tuvo tres hijos varones y adoptó a una niña pequeña, que al final, fue quien más la amó y cuidó en sus momentos de enfermedad, ni siquiera el esposo, aunque bueno, pa' esos tiempos, ya él ni sabía cuál era su nombre, ni donde estaba parado (médicamente el encierro por el COVID 19 fue el causante de sus problemas de memoria, pero, en el barrio decían que le tocaba después de tanto sufrimiento que le causó a Daniela Pérez). Sus dos primeros hijos fueron un tanto problemáticos, “partidas de mala clase”, así los llegaron a llamar, porque actuaban por propio beneficio y se aprovechaban del gran corazón que su madre tenía, para exprimírle todo lo que podían, pues era una mujer trabajadora y les dio siempre lo mejor de lo mejor.

Les buscó universidades prestigiosas. Los dos primeros estudiaron en Barranquilla y Cartagena; los dos menores, en la Universidad del Sinú en Montería. Y esa misma política que un día la impulsó a ella, hasta el día de hoy, los tiene con una muy buena calidad de vida. Su hijo mayor está nombrado en la Defensoría del Pueblo y, su hija, tiene ya diez años trabajando en la Alcaldía de Montería.

Cuando nacieron sus nietos comenzó lo que ella describió como los mejores frutos que pudo cosechar. Viajó, movía mar, cielo y tierra por ellos. Nueve retoños dados por sus hijos, pero en la calle tenía regados como cincuenta, que cada vez que pasaban por su casa, la casa verde con piso rojo en la esquina, gritaban “abuela”, y ella les regalaba una sonrisa, los invitaba a pasar, les hablaba, les enseñaba, incluso los aconsejaba. Ella era una caja de sorpresas, el verdadero “pregunte por lo que no vea”, porque hasta santiguaba y hacía exorcismos.

Cuando se pensionó tras trabajar en negocios de ropa, zapatos y demás, su vida laboral finalizó en la Policía Metropolitana de Montería, que en un momento causó la muerte de un hijito nacido por una suspensión, pero ajá, pa' lante, vivió su duelo, perdió la visión por problemas de azúcar, le salieron alteraciones en la presión, el corazón y hasta tiroides. Mejor dicho, la pensión le cayó fatal. Y es algo que ella misma decía, “bendito el día que me pensioné”, sin embargo, eso no le impidió disfrutarse su etapa de abuela, verlos crecer y enseñarles con amor, como lo hizo con sus hijos.

Al final, crio a una de sus nietas, con sabiduría la guio, le entregó todo lo que necesitaba, amor, apoyo, afecto, atención, pues sus padres eran jóvenes y apenas empezaban su vida una vez la niña nació, razón por la que Daniela Pérez la acogió como suya y con quien vivió sus últimos años de vida. Daniela lloraba cada vez que su nieta se iba con la mamá o con el papá, y con motivo válido, pues era su mayor compañía, “el bastoncito” como le llamaban sus amigas.

La llevaba corriendo al colegio, iba por ella en la salida, le cantaba para que lograra dormir, la buscaba en su cuarto cuando había tormentas eléctricas porque sabía que le causaban miedo, cantaban las canciones de “Yesterday”, un programa de Frecuencia Bolivariana que escuchaba los fines de semana en el radio chiquito que tenía; y es que ese radio fue esencial para que antes de irse del mundo terrenal, dejara a la pequeña niña, que ya no estaba tan pequeña, en buenas manos.

La vio graduarse del colegio, la ayudó a levantarse cada vez que se caía, rezaba a sus santos por ella cuando salía, la esperaba hasta que llegara con el “ojo pelao”; le contaba sus visiones y cómo gracias al doctor José Gregorio Hernández su padre nació; fueron apoyo mutuo, y cuando empezaron los momentos difíciles, los roles cambiaron y a esta joven, de nombre Isa, le tocó asumir más responsabilidades de las que podía imaginarse, hizo lo que pudo, pero, en su inexperiencia, necesitó ayuda para cuidar a su más grande amor, su madre, abuela, su Bitá.



Daniela Rosa Pérez Padilla, se despidió de todos los que amó el 3 de octubre de 2023 a las 11 de la mañana, día del cumpleaños de Isa, su bastoncito.

Pa´, creo que nos perdimos

Por Isabella Guerrero Olarte



Córdoba – 19 de junio

En su cronograma mental estaba salir de la ciudad mucho más temprano que a las 6:45 de la mañana de aquel lluvioso lunes. En ningún momento lo dijo, pero por su expresión y la manera en la que sus dedos tamborileaban en el volante de aquella camioneta gris, era evidente su fastidio. Pues antes de embarcar en su viaje, había estado alrededor de dos horas esperando a su hija mayor, Valentina, que se quedó dormida tratando de mantenerse en vigilia para no tener que madrugar al día siguiente; claramente, y como él lo había previsto, no salió como ella esperaba, dañando así sus planes de evitar lo más posible el tráfico.

Y es que él, ansioso de iniciar su viaje, se levantó a las tres de la mañana, se preparó un buen termo de café para el camino, arregló todo y calentó el motor del carro. Y así, para las 3:45 a. m. ya había encendido todas las luces de la casa y estaba intentando levantar a su familia, quienes,

para su mala suerte, ese día habían amanecido con las sábanas pegadas y los planes de Juan se vieron truncados.

Juan Carlos Guerrero es un hombre de 56 años, padre de familia y contador de profesión. Si le pidieras a aquellos que lo conocen que lo describirían, en una palabra, muy seguramente sería “trabajador” y “cambamero”, ya que, desde muy joven, estas dos cualidades han marcado el rumbo de su vida. Al joven Juan le encantaba conocer, viajar y explorar, y a pesar de que el paso de los años se ha llevado su tiempo libre para hacerlo, cada que tiene la oportunidad, y él la disfruta más que cualquier otro. Su destino favorito siempre han sido los pueblitos tradicionales del centro del país, lo que nunca fue coincidencia, pues sabía que, en alguna parte de esos páramos, se encontraba la familia que nunca llegó a conocer. Y si un día hablas con él, notarás que aquellas montañas no se comparan con su fe y resiliencia.

Durante el camino, Juan iba contando historia tras historia, y Valentina, escuchaba y atesoraba cada uno de los cuentos de su padre. Claro que esto no lo recogió del piso, porque si en primer lugar estaban haciendo este recorrido, era porque él también amaba escuchar las historias de su padre, quién se vio obligado a abandonar su pueblito de origen por el auge del conflicto armado y la falta de oportunidades en la zona.

A pesar de la infinidad de anécdotas que le contaba su padre, la historia de lo que pasó no era una de esas, los detalles de la situación eran desconocidos y durante su tiempo en vida, siempre fue muy reacio a hablar del tema, pues se sentía culpable al haber abandonado a las personas que amaba; ocasionando que la información de quienes compartían su apellido fuera escasa, dificultando el proceso de búsqueda mucho más. Así que con lo único que contaba para intentar encontrarlos, era el nombre de su padre y el de un pueblo boyacense llamado Ramiriquí.

Aproximadamente dos horas después de arrancar, llegaron a la parte específica de la carretera entre La Apartada y Caucasia, donde el departamento antioqueño se hace presente, dando paso a los parajes del Bajo Cauca.

Antioquia – 19 de junio

Aquellos que conocen las carreteras colombianas han tenido el privilegio de ser veedores de los cambios que hay en cuestión de kilómetros, por eso, Juan comentó que la manera más fácil de sentir a Colombia en su totalidad es parando en algún puesto de comida ladero a la carretera.

Conforme a lo que cuenta, desde el léxico y acento con el que te atienden, hasta la diferencia de ingredientes y sabores, se hace palpable el cambio cultural dentro del país. Sin mencionar el cambio del paisaje que, en este caso, mientras más te adentras en Antioquia, más diferencias notarás con Córdoba. Las vacas más gordas, el pasto más corto, todo es más verde, menos amarillo, y el aire más contaminado.

Así, alrededor de siete horas más tarde, llegaron a Medellín, la ciudad de la eterna primavera que por esa noche sería su anfitriona, para partir nuevamente madrugados hasta la capital colombiana: Bogotá.

Cundinamarca – 20 de junio

Para sorpresa de los pasajeros, el martes a las ocho de la mañana, Juan Carlos, a mitad de camino entre Medellín y Bogotá, decidió seguir el rumbo directamente hasta la ciudad y capital del departamento de Boyacá, llamada Tunja, la cual, según lo que había leído, le serviría como punto medio de hospedaje para recorrer los pueblos aledaños y preguntar a personas mayores si sabían algo de “Tito” Guerrero, el nombre de su padre. Por lo que salieron de los páramos tan rápido como entraron.

Boyacá – 20 y 21 de junio

A las cinco de la tarde llegaron a Tunja, una ciudad ubicada entre la imponente cordillera oriental de los Andes, conocida como la cuna de la independencia, dado que sus llanos fueron testigos de eventos históricos para el país.



Al salir del carro lo primero que sintieron fue ese frío que en la costa colombiana es imposible sentir, el que te pone los pelos de punta, aunque estés completamente cubierto.

Al fin, luego de casi dos días de viaje, habían llegado a su destino improvisado, en el cual tenían previsto estar por una semana. Ese mismo día decidieron descansar con el objetivo de, al día siguiente, comenzar su búsqueda.

La mañana del 21 de junio prometía un día soleado para caminar los pueblos aledaños, así que luego de una llamada rápida a la Señora Cecilia, fijaron curso al municipio de Ramiriquí, a 29 minutos de Tunja. Llegaron sin complicaciones a las ocho de la mañana al Parque Principal José Ignacio de Márquez en el pueblo. Empezaron a caminar sin un plan fijo, interrumpiendo a su paso conversaciones de personas mayores, paseos de mascotas, e incluso desayunos, con el fin de realizar la misma pregunta: si alguien, en algún momento de su vida, había conocido a Tito Guerrero.

La respuesta de todos a quienes le preguntaron era diferente, pero unánimes en ese “no” que hacía que Juan Carlos se frustrara cada vez más. Algunos le decían que muchos se habían mudado del pueblo por la violencia que en algún momento lo azotó, mientras otros simplemente se hastiaban por la llegada de un extraño de acento diferente a interrumpir sus rutinas.

El sol se alzaba con la sensación de calorcito que trae el medio día. Todos ya cansados comenzaron a reclamarle a su papá, que planteara la idea de que quizá, lo mejor era dejar ir ese pasado completamente ajeno. En respuesta a esa petición y sin ganas, les dio la razón y decidieron irse, llevar a los niños a la zona de juegos del parque y dejar este intento como uno más en la pila.

Fueron a la panadería que había en la esquina de la plaza, puesto que a las once de la mañana era demasiado temprano para almorzar, pero tenían mucha hambre como para esperar. Una vez dentro se enteraron del aroma a pan recién horneado que terminaba de hacer la combinación perfecta a aquellas rústicas paredes. Ordenaron con normalidad, mientras que hablaban de lo que las personas les habían comentado. Juan, muy desanimado, dio algunos detalles a Valentina, detalles que la señora Cecilia solía contarle, como para cerrar el tema y centrarse en la familia que tenía ahora.

Sin embargo, lo que sucedió después fue un acto de suerte, o bien, como lo llamó Juan, una obra de Dios. La señora que los estaba atendiendo había estado escuchado su conversación y con la amabilidad característica de las personas del interior preguntó si quizá ella podría ayudar en su búsqueda, y como un niño, emocionado nuevamente,

le preguntó si conocía a alguien cuyo apellido fuese “Guerrero”, y la señora les contó que la panadería de la otra cuadra antes tenía un dueño, cuyo apellido era Guerrero, y que ahí podían hablarles de su paradero.

Juan buscó a su esposa en el parque y todos juntos salieron a la panadería que les habían indicado; no estaba muy lejos. Juan sabía que debía haber muchas personas con el apellido Guerrero, pero él creía fielmente que, con solo una foto de su abuelo y el apellido, lograría saber cuál era el lugar correcto. Al llegar los atendió una señora de mucha edad, quien resultó ser la actual dueña. Juan Carlos le mostró la foto y ella dijo que creía reconocerlo, y que tenía un amigo que solía ser socio de los antiguos dueños de la panadería, que si gustaba podía llamarlo.

Juan se animó otra vez al escuchar eso, y gustosamente aceptó; esperaron alrededor de una hora, y como agradecimiento a la señora Yanis, que les dio la información, volvieron a comprar pan.

Cuando llamaron al contacto dado por la panadera, les dijo que no se encontraba en el pueblo, si no en su casa en una vereda aledaña que quedaba a veinte minutos de Ramiriquí. Juan sin dudarle siguió las indicaciones que Carlos, el hombre al que llamaron, les había dado para que se encontraran en su casa. La carretera era angosta, polvorienta y destapada, pero llegaron sin complicaciones mayores. La casa era tradicional y muy acogedora, igual que las personas que conocieron allí. Estas le indicaron con lujo de detalle donde vivía Tito Guerrero y a qué se dedicaba. A estas alturas ya nadie podría parar a Juan Carlos en su aventura.

Manejó dos horas hasta el pueblo que le indicaron, Ráquira. Ya se iban haciendo las dos y los niños empezaban a quejarse diciéndole que se había perdido, ya que se negaba a poner una aplicación que lo guiara para llegar al pueblo; pero no lo estaba, pues solo había una carretera hacia ese pueblo.

Una vez ahí, siguieron las indicaciones para llegar a la tienda frente al colegio de la zona, tal como Carlos les había indicado. Ya frente a la casa, Juan entró y se encontró con alguien muy parecido a él. “Dios mío”, dijo “Tito” Guerrero cuando Juan le contó su historia y le

mostró la foto de su papá. “Tito” era ya un hombre mayor, con el mismo nombre que el papá de Juan.

Resulta que su papá había tenido un hermano mayor, que murió hace varios años, y “Tito” era su hijo, por lo que Juan Carlos acababa de encontrar a su primo directo.

“Tito” sacó una fotografía donde estaba el padre de Juan y el que resultaría siendo su tío, como para terminar de corroborar.

Juan estaba contento, al fin tenía contacto con una parte suya que creía perdida, y sobre todo la otra versión de las historias que le contaba su papá. “Tito” les contó que después de la muerte de su padre la familia se separó mucho, pero que si gustaba podía pasarles sus números. Hablaron alrededor de una hora, hasta que tuvieron que volver a Tunja, no sin antes comprometerse en volver pronto.

Esto no es un relato sobre cómo Juan Carlos encontró a su primo “Tito”, o cómo se reconectó con sus raíces y familia; es más bien la historia de un hombre que, obligado por las circunstancias que la vida le presentó, ignoró su naturaleza osada, rebajando sus aventuras a trabajar más horas de las cuales la semana tiene para ofrecer, cansado, pero como él mismo diría, “gracias a Dios hay trabajo”. ◦

Familia Quintero Obagi. Cuando el cáncer toca la puerta: una batalla de fe.

Por Isabella Quintero Obagi

El cáncer es una enfermedad devastadora que no solo afecta al paciente, sino que también tiene un impacto profundo en sus seres queridos y en la dinámica familiar.

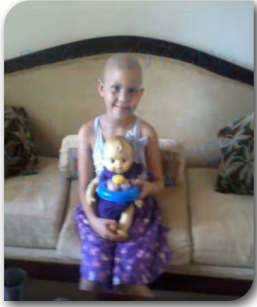
Aquel 21 de enero de 2012, Isabella Quintero Obagi, una niña de siete años nacida en Montería (Córdoba) el 10 de septiembre del 2004, fue diagnosticada con cáncer de linfoma Hodgkin, un tipo de cáncer que se desarrolla en el sistema linfático.

El cáncer no solo afectó la salud física de Isabella, sino que también dejó una marca en la salud emocional de su familia. Las noches se convirtieron en un torbellino de emociones, entre lágrimas de miedo y risas de esperanza que se mezclaban en el aire se compartían abrazos reconfortantes y palabras de aliento, encontrando consuelo en el amor mutuo que los unía, y en el amor tan grande que sentían hacia Dios. Aunque el cáncer había irrumpido en su hogar sin previo aviso, no pudo extinguir el fuego ardiente de su amor y determinación para enfrentar la enfermedad juntos, como una familia unida y fuerte.



“Mi experiencia con el cáncer de Isa fue algo muy duro, nunca pensé vivir esos momentos, nunca la vi como enferma, por fuera siempre la vi una niña sana, fuerte y bella, fue muy duro el momento en

que evidencié la realidad, y eso lo viví cuando se le empezó a caer el cabello, ni siquiera había caído en cuenta antes, fue extremadamente duro para mí”.



“Sus días de quimio me partían el corazón, pero Dios me dio la fuerza para afrontar esos difíciles momentos, me preparó para ser esa fuerza que necesitaba para no decaer en ningún momento; no sé cómo lo hice, pero sé que fue Dios, porque me sentí fuerte y esa fuerza la vi reflejada en ella. Siempre la animé a que no le importara el exterior, siempre traté de que nada de lo que sucediera a nuestro alrededor la afectara y vi la gracia de Dios en todo, sobre todo en su capacidad para afrontar cada momento difícil que se presentó”, expresa Salma Obagi, la madre de Isabella.

Isabella pasó por dos clases de quimio y mostró cuan valiente puede ser una persona, asumió su tratamiento con el coraje que se requería y jamás renegó de él. Todo iba bien hasta octubre del mismo año, cuando los médicos tratantes dijeron que había una recaída y se requerían más quimios y radioterapia para eliminar una lesión residual que persistía en su abdomen, además de la posibilidad de realizar un trasplante de médula ósea.

“Fue una dura tarea para nuestra familia, tarea que estaría cargada de bendiciones y que nos acercaría más a Dios; para cualquier persona esto sería motivo para renegar de nuestro Señor, pero para nosotros fue la transformación de nuestras vidas, enseñándonos que la resiliencia y la fe todo lo puede”, manifiesta el padre de Isabella.



Antes de iniciar el tratamiento con las radioterapias, el caso de Isabella fue remitido a la ciudad de Medellín y revisado por un grupo de especialistas en oncología infantil del hospital San Vicente de Paul, quienes tomaron la decisión de hacerle una biopsia a Isabella. Estos fueron los

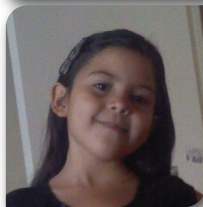
mismos médicos que le dieron a la familia la noticia de que Isabella ya era una niña completamente sana y no requería más tratamientos. El día 5 de agosto del 2013 Isabella volvió a nacer, demostrando y siendo testimonio vivo de que los milagros existen, y la fe y el amor todo lo pueden.



Ella, aunque enfrentó desafíos físicos y emocionales, demostró una fuerza interior inquebrantable. Con una sonrisa valiente en su rostro, enfrentó cada obstáculo con determinación, negándose a dejar que el cáncer definiera su vida.

Su fe en Dios y su amor por su familia la guiaron a través de las tormentas más oscuras, iluminando el camino hacia la esperanza y la sanación.

“Era solo una niña, no entendía lo que pasaba, sin embargo, siempre fui muy feliz, los recuerdos de mi infancia son muy lindos, porque a pesar de mi enfermedad, yo fui una niña muy querida por todos, que siempre tenía una sonrisa en su rostro, y que pudo hacer su vida completamente normal, ya que mi familia, amigos y allegados, hicieron que el dolor



fuera más llevadero, y nunca dejaron que yo me quebrantara gracias a sus oraciones y a su amor; a mis papas y a Dios les debo todo, y soy fiel creyente que el amor todo lo puede, todo lo cura, y a las familias que están pasando por esta enfermedad, de todo corazón les deseo que Dios les de sanidad, y la fuerza suficiente para afrontarla”, palabras compartidas por Isabella.

Hoy Isabella tiene 19 años, pasaron ya diez desde que fue declarada sana, su último control de oncología fue el 13 de enero del 2023, el cáncer nunca volvió, y actualmente se encarga de compartir junto con su familia su testimonio y ser una luz de esperanza para las familias que pasan por esta horrible enfermedad.

“En cada foto está el mayor gesto de valentía de mi hija, a pesar de la adversidad jamás se ha borrado de su rostro esa sonrisa, sonrisa que Dios le da porque reconoce su presencia en nuestras vidas, jamás dejaremos de agradecer a Dios por tanta bendición y nos convertiremos en multiplicadores de ella en nuestra comunidad”, puntualiza el padre de Isabella. ◦

Sara Khoshbin Rojas. La esperanza y la fe siempre van de la mano

Por Juan Ignacio Acosta David



Fuente: Sobeida Rojas (mamá)

Para nadie fue fácil, no estaban preparados para vivir esta realidad. Los doctores le daban solo un año de vida, no tenían esperanzas, pero el futuro y el destino no está totalmente escrito y en este caso se confirma que la esperanza y la fe van de la mano y no se pueden perder.

Todo comenzó un 28 de junio del año 2000. Al día de hoy Sara Khoshbin Rojas tiene 23 años y vive agradecida por su vida después de haber tenido un diagnóstico poco alentador. “Sarita”, como le dice con cariño su familia, es considerada una mujer con una personalidad fuerte, a pesar de que no hable y no escriba, pero se hace entender.

Su madre, Sobeida Rojas, explicaba que al comienzo fue muy difícil, pues prácticamente vivían en la clínica con ella todo el tiempo, pero a los dos años, su salud se empezó a estabilizar y eran menos frecuentes

las idas al hospital. “Ella llegó en una especie de obra negra y a punta de amor hemos llegado hasta acá. No sabemos qué síndrome tiene, pues es de origen desconocido, lo que sí sé es todo lo que ella ha significado para el que la conoce: amor puro. Eso es Sara”, afirma su madre con una sutil sonrisa.

Poco a poco, con paciencia, su familia se fue adaptando a ella y marchando a su ritmo. Sara tiene que comer todo licuado por una extraña razón que todos desconocen, pero se adaptaron a su rutina. Su mamá aprendió a leerle los ojos y su manera de actuar con el tiempo, no es una tarea que está totalmente terminada, pues sigue siendo todo un aprendizaje y descubrimiento.

Aún hoy siguen descubriendo y quedan sorprendidos de cómo ella se las ingenia para hacer saber qué le gusta y qué no. También Sarita sabe identificar a las personas con facilidad; los que llegan a ella con amor, los recibe también con amor, y los que no, aunque no se aleja de ellos, toma precaución.

Desde los tres años Sara asistió a centros especializados para niñas con condiciones similares a ella. Ha experimentado de todo: grupos maravillosos de trabajo, otros no tan alentadores, pero fue de vital importancia que haya vivido esas etapas, por el hecho de conocer esos espacios, y adaptarse a los mismos, con su forma de ser que irradia alegría y sencillez, además adora estar rodeada de gente.

A pesar de los percances y obstáculos que se le han presentado en su vida, actualmente tiene un emprendimiento con su familia. La idea nació a raíz de la pandemia, y lo han nombrado “El taller de Sara”, donde se elaboran mesitas de computador, de desayuno, porta celulares, individuales, todo hecho en madera y salpicados de colores, con el toque personal de Sarita. “Mi sueño es que ella sea el motor de este taller y llevar a más niños en condiciones de discapacidad intelectual a trabajar allí”.

“Esa es una manera de reivindicarles su vida. Porque llega un momento en el que no hay oportunidades laborales para ellos. Ojalá lo logremos y sembramos una semilla para muchas familias que tienen en su casa hijos como Sara”, asegura Sobeida con una postura de seguridad y firmeza.

Sara no necesita de nadie para brillar, ella lo hace por sí misma, abraza a todo el mundo, sin importar quien sea, desde el portero de su casa hasta a cualquier ejecutivo. Es una persona especial y se hace notar por su afecto hacia la gente. No habla, pero sus ojos y sus abrazos, lo dicen todo.

Es sumamente celosa con su hermana. Quiere toda su atención y su hermana lo asume sin problema. No ha representado un conflicto entre ellas. Todo lo contrario, le celebran incluso hasta sus berrinches de celos.

“A veces es complicada con la comida y se tarda horas en la mesa. Eso me cuesta como mamá. Pero, para ser honesta, son más las cosas positivas que me brinda, que las negativas que ella me da como hija”, se expresa con orgullo en su papel de mamá.

Tener un hijo en condiciones de discapacidad requiere de padres comprometidos y amorosos. Es un compromiso de por vida, es un amor que no tiene medida y es una compañía fiel y dependiente. Pero si se crean espacios, dinámicas y emprendimientos como sucedió con Sara, su vida y la de su familia, con el papel de cuidadores, puede ser más llevadera.

Es una historia inspiradora, emotiva e impactante que resalta cómo el amor de una familia, la paciencia y perseverancia, permiten superar limitantes y obstáculos; lo importante es empeñarse en resolver las dificultades, con tristeza y llanto, o con amor y alegría, es ya una decisión personal. El ejemplo de Sara y su familia indican cuál es la mejor opción.

Un legado de sabor y servicio

Por Juliana Martínez Vergara



Tomada de Deyanira Quibbes Oficial

En 1973 en Cereté, la capital del oro blanco, nació un sueño que se convirtió en legado. Una abuela visionara y apasionada por los sabores tradicionales de la región cordobesa decidió emprender, no necesitando mucho, solo lo que sabía hacer con sus manos serviciales. Desde queso hasta jugos, suero y galletas de limón, Deyanira Mestra no sabía que lo que estaba iniciando se convertiría en el punto de partida de una historia que perduraría por décadas.

La estación de gasolina donde solía ubicarse a vender sus productos se convirtió en un encuentro obligado para los viajeros que se dirigían a la capital cordobesa y otros municipios. El constante flujo de vehículos, especialmente de buses y camiones, aseguró una clientela constante para la abuela Deyanira.

Su nieta Emma González cuenta que su abuela se caracterizó por tener un don de servicio y de ayuda a las personas y, debido a su posición estratégica, la contactaron más personas de Cereté para comercializar

sus productos, es entonces cuando ella comienza con empanadas y quibbes, dándole paso a la comercialización de los fritos. Y así, con el tiempo, su pequeño puesto se convirtió en una verdadera y conocida atracción gastronómica para locales y turistas, impulsándola al siguiente paso.

En los años noventa, María Castilla, hija de la matriarca, en conjunto con su esposo, vieron una oportunidad de negocio. Con intención de priorizar la calidad y estandarizar los productos, establecieron una empresa familiar dedicada a la producción directa de quibbes y, sin siquiera tener un nombre fijo, pues con el reconocimiento de Deyanira era más que suficiente, se abrió camino a lo que en el futuro sería el puesto de fritos más popular de Cereté.

Esta no es solo la historia de los quibbes más famosos de Cereté y la región, también es la historia de una familia siguiendo los pasos de una mujer pujante, en un camino que no ha sido fácil, pues en este recorrido han enfrentado dificultades; tuvieron que trasladarse a cuatro lugares antes de ubicarse de manera fija donde están hoy día.

Sin duda la prueba más grande fue la muerte de Deyanira en 2003 a sus 73 años, lo que representó un desafío abrumador para la familia, pues se enfrentaron a la pérdida del pilar fundamental del negocio, pero también al vacío que dejaba la ausencia de una madre y abuela. A medida que asumían este legado, se enfrentaron al reto de ganarse de nuevo la confianza de los clientes, todo un proceso de aprendizajes y retos, pues la familia dependía totalmente de ello.

Quibbes Deyanira se ha mantenido gracias a la profunda conexión con los valores y principios inculcados por la abuela, especialmente su dedicación al servicio y la calidad. La inspiración proviene del amor y el compromiso hacia su legado, así como de la responsabilidad hacia los trabajadores, en su mayoría mujeres, que dependen del negocio.

Han sido reconocidos por sus sabores, atrayendo la atención de diversas personalidades, incluyendo cantantes, actores y políticos. Su reputación se ha consolidado como un punto de referencia en la región, convirtiéndolos en un lugar de parada obligatoria para probar los fritos, pero sobre todo para degustar el más rico quibbe.



Tomada de Deyanira Quibbes Oficial

Deyanira fue una maestra en el arte de servir con su habilidad. Ella no solo vendía, sino que también brindaba un pedacito de hogar en medio del camino.

La memoria de esta mujer vive en cada sonrisa satisfecha después un bocado de sus fritos, y en cada gesto de gratitud de los clientes que ella atendió con tanto cariño y dedicación. Su legado perdura como un recordatorio de la amabilidad y la pasión, inspirando a generaciones venideras a seguir sus pasos con la misma devoción y amor para luchar por sus sueños, para construir en familia y entre mujeres. Este liderazgo pasó a manos de su hija María y sus nietas Emma, Sofía y Martha, quienes con más ganas que nunca se proyectan en nuevos caminos con esta herencia de la gran Deyanira Quibbes.

La resiliencia de Lilia y el verdadero significado de esperanza

Por Laura Marcela Núñez Soto



Lilia, una trabajadora social de 52 años, lleva la pasión por la justicia y la empatía en su corazón como estandartes de su profesión. Su vida dio un giro inesperado cuando se vio envuelta en un enredo legal que la llevó a experimentar la realidad de la cárcel, no como observadora, sino como residente involuntaria.

El 9 de mayo de 2019 estaba en su casa, eran las siete de la mañana y se estaba alistando para ir a trabajar como de costumbre, ya que, a las 8:00 a. m. entraba a la Gobernación y antes de eso dejaba a su hijo en el colegio, igual que todos los días.

Cuando estaba lista para salir, tres hombres de la SIJIN llegaron a la casa y le notificaron que tenían que llevarla a la URI porque tenían una orden de captura contra ella. Fue el peor momento de su vida porque ella no sabía que se esperaba y nunca se ha metido en líos jurídicos, pensó en lo peor; tenía todo en su vida, pero como un coco desde la palmera cayó y se resquebrajó.

La recogieron no en una patrulla, sino en un Aveo negro, nada de esposas ni nada escandaloso o que llamara la atención de sus vecinos, todo parecía cotidiano. Lilia nunca pensó en la reputación, mejor se acompañó de su filosofía: “lo que otros digan de ella no afecta mi ser”.

Fueron 22 días de encierro mientras definían la situación. Lo más complicado en la URI fue la incomodidad, se demoraban las audiencias; fueron tres fines de semana, horas largas y largas sin ver acciones de resolución. Otras cosas tortuosas eran presencias las necesidades de los presos, que nadie los visitaba ni les importaban a sus familiares, así como la sensación permanente de incertidumbre. En su caso, no sabía el rumbo de su proceso.

Durante los tres meses que pasó detrás de las rejas, Lilia no permitió que el entorno opresivo sofocara su espíritu. A pesar de lo injusto de su situación, encontró consuelo en las historias y las vidas de aquellos con quienes compartía su encierro temporal. Hablaba con los internos, sin importar la gravedad de sus delitos, escuchando sus relatos y ofreciendo palabras de aliento. Su capacidad para ver más allá de los crímenes y reconocer la humanidad en cada persona la convirtió en una figura querida y respetada, tanto por los reclusos como por los guardias.

Con el tiempo, Lilia se ganó la amistad de los guardias de la prisión. Su trato amable, su disposición a escuchar y entender las complejidades de la vida carcelaria rompieron las barreras que normalmente separan a los reclusos de la institución de aquellos a quienes vigilan. Estas amistades se convirtieron en apoyo mutuo y respeto, proporcionando a Lilia un sentido de comunidad en un lugar donde la soledad puede ser abrumadora.

No pudo estar presente en la graduación de su hijo, ese momento culminante que toda madre anhela presenciar. Mientras tanto, en el hogar que una vez estuvo lleno de su risa y amor, sus hijos y su esposo enfrentaron la soledad de los cumpleaños sin su pilar, sin su guía. Incluso Lilia, rodeada de barrotes y murmullos lejanos, sopló una vela imaginaria, deseando nada más que justicia y reunión.

Sin embargo, la fortaleza y la fe de Lilia sirvieron de inspiración para su familia, manteniéndolos unidos en la esperanza de su pronto regreso.



En medio de la adversidad, Lilia no estuvo sola. Como una planta que se nutre del aliento de la tierra, ella recibió el aliento de innumerables almas que creyeron en su inocencia. Amigos, familiares y hasta desconocidos se convirtieron en pilares de apoyo, enviando cartas, oraciones y palabras de aliento que se convirtieron en su escudo contra la desesperanza.

Con cada día que pasaba, el tiempo en prisión se hacía más corto, y la fe de Lilia más fuerte. En la quietud de su celda, encontró un refugio espiritual, un acercamiento a Dios que nunca había experimentado. La oración se convirtió en su diálogo constante, su conexión con un poder más grande que la injusticia del mundo.

Algo que agradeció de este momento fue que le enseñó a valorar, a ser prudente, a amar a sus seres queridos, a comprenderlos, a ser humilde, a la prudencia, a no confiar en todo si no estar pendiente de las cosas que hace en donde uno se desenvuelve. En la vida a veces uno está arriba y al otro día puede estar abajo, aprendió que la vida puede girar de un día a otro, que estar más cerca de Dios es la única esperanza segura.

Se dio la orden de regresar a casa, pero fue duro porque en el día de salida los juzgados solo trabajan hasta las seis de la tarde, así que le tocó quedarse una noche más, “fue la noche más larga de mi vida”, mencionó Lilia. Anheló el momento y entendió la importancia de estar en la casa, de su familia, de su mascota Poly; esperaba lo poquito o lo mucho que tenía en la casa, además de la felicidad, empeño y alegría de poder regresar a su casa sin importar nada, esperaba en ese momento el papel que habilitara y certificara su regreso. Quería mucho tiempo para compartir con su familia y seres queridos.

Cuando finalmente la verdad salió a la luz y Lilia fue exonerada, su libertad trajo consigo una gratitud inmensa. Agradeció a Dios, no solo por la libertad, sino por la cercanía que había cultivado con Él, una relación que se mantendría inquebrantable a través de cualquier tormenta futura. Esta cercanía espiritual le brindó la paz y la resiliencia necesarias para enfrentar cada día con gracia y esperanza.

Regresó a su hogar no solo como la trabajadora social dedicada que siempre había sido, sino también como un símbolo viviente de la capacidad del espíritu humano para superar la adversidad y encontrar luz en la oscuridad. ◦



Coraje y resiliencia: la inspiradora historia de Álvaro Sánchez

Por Lluvia Carolina González Rodríguez



En el vibrante escenario de Colombia, donde la valentía y la dedicación entrelazan un baile eterno, surge la figura inspiradora de Álvaro Sánchez. Exsubintendente del grupo antiexplosivo de la Policía Nacional de Colombia, Álvaro ha trascendido las fronteras de la adversidad para convertirse en un símbolo de esperanza y superación.

El sol brilla sobre la ciudad de Montería mientras nos sumergimos en una conversación especial con Álvaro Sánchez. Su sonrisa cálida y su mirada determinada reflejan la fuerza interior de alguien que ha enfrentado desafíos inimaginables y ha emergido victorioso.

“Todos tenemos dos vidas”, comienza Álvaro, citando una frase que resume su filosofía de vida, “la segunda comienza cuando nos damos cuenta de que solo tenemos una”, como lo dijo Confucio. Con estas palabras, nos invita a adentrarnos en su historia de lucha y resiliencia.

En el año 2011, al salir de la escuela de policía Rafael Núñez, el exsubintendente Sánchez Maza dio sus primeros pasos como patrullero en el Departamento de Policía Urabá. Su dedicación y vocación de servicio lo llevaron al escuadrón de carabineros, demostrando un firme compromiso con la protección y seguridad de los demás.

El 5 de mayo de 2015, su vida y la de su familia cambiaron para siempre. Ese día partieron de Apartadó en un helicóptero, con rumbo a una peligrosa misión para capturar o neutralizar a “alias Otoniel”. Álvaro tomó un papel avanzado en el grupo como guía y antiexplosivista. Su agudo sentido de la observación le advirtió de algo extraño en la zona. Guiado por su instinto y responsabilidad de proteger a su equipo, decidió detenerse e ingresar solo para verificar la situación.

Lo que descubrió fue aterrador: señales de minas antipersonales en los árboles. A pesar de las dificultades, procedió a desactivar tres de ellas y se preparó para despejar la zona. En un fatídico instante, al girar sobre sí mismo, una mina se activó, dejándolo gravemente herido. La detonación lo elevó en el aire y, al caer al suelo, se dio cuenta de que había perdido una pierna y la otra estaba destrozada, además de sufrir fracturas en una mano. Auxiliado por un enfermero compañero de combate, quien tuvo que desactivar seis minas más, con lo cual logró proteger y asegurar la zona, en la que se encontraban un total de 16 explosivos.

El proceso de rescate fue agonizante, pero finalmente fue evacuado en helicóptero y llevado a la clínica de Apartadó. A su llegada había perdido el conocimiento y despertó al día siguiente con la triste realidad de haber perdido ambas piernas.

“Fue un momento desafiante, pero también marcó el comienzo de una nueva etapa en mi vida. Los primeros meses fueron difíciles mientras me adaptaba a mi discapacidad y enfrentaba las barreras que la sociedad impone a las personas con discapacidad”, comenta Álvaro.

Un encuentro fortuito cambiaría su vida

En abril de 2016, el subintendente Sánchez Maza conoció al profesor Jesús Fernando Kerguelen, quien lo encaminó en el deporte adap-



tado. Este fue el punto de inflexión de su recuperación. En Cali, en el levantamiento de pesas adaptadas, logró obtener su primera medalla de bronce. A partir de entonces, comenzó a acariciar triunfos para cumplir metas, trabajando incansablemente por el deporte adaptado en el departamento de Córdoba.

En 2017, Álvaro tuvo el privilegio de conocer a Clerry Ramírez, quien lo incorporó en Achilles International. A través de este programa, continuó su preparación deportiva y adquirió conocimientos que lo llevaron a participar en maratones nacionales e internacionales, como la del cuerpo de marines en Washington. Su liderazgo y determinación lo convirtieron en presidente de la Liga de Discapacidad Física de Córdoba y del capítulo de Achilles International en Colombia. Además, en la actualidad desempeña el rol de coordinador regional Caribe del programa Héroes por Vocación, Dios y Patria, en colaboración con la Embajada Americana y la Policía Nacional.

Álvaro Javier Sánchez no solo dejó el nombre de Montería en alto sino también el de las Fuerzas Militares, por su disciplina y esfuerzo que lo llevaron a obtener la victoria. El deportista paralímpico monteriano ganó dos medallas en el marco de los Juegos Invictus que se realizaron en Alemania.

“Participar en los Juegos Invictus y compartir con el príncipe Harry fue una experiencia verdaderamente significativa para mí. Representó un reconocimiento a mi esfuerzo y dedicación, así como también una oportunidad para destacar la importancia del deporte adaptado y la inclusión de personas con discapacidad en eventos de alto nivel. Además, el hecho de poder compartir con otros veteranos heridos de guerra y competir en un escenario internacional me llenó de orgullo

y gratitud. Fue un recordatorio de que, a pesar de los desafíos que enfrentamos, siempre hay oportunidades para superarnos y lograr grandes cosas”, afirma Álvaro.

Así, en el corazón de Colombia, la historia de Álvaro Sánchez resuena como un eco de esperanza y fortaleza, recordándonos que, en la oscuridad de la adversidad, siempre hay una luz que guía el camino hacia un futuro más brillante.

Álvaro Javier Sánchez Maza es un ejemplo viviente de cómo la determinación y el amor por la vida pueden convertir en un héroe a alguien que inspira a los demás. Su historia nos recuerda que, sin importar las dificultades, siempre tenemos que tener una fuerza interna que puede impulsarnos hacia el éxito y el cumplimiento de nuestros sueños.



Pasión sobre dos ruedas: velocidad, destreza y pasión en un espectáculo de adrenalina pura

Por Luisa Fernanda Ortiz Berrocal



Fotografía: Luisa Ortiz Berrocal

Yeison Navarro y Camilo Iglesia

En algunas calles de la ciudad de Montería, a altas horas de la noche, cuando el rugido de los motores es el himno y la adrenalina es la moneda de cambio, se desata una pasión que desafía límites: los piques y carreras de motos de alto cilindraje. Este submundo del asfalto, habitado por audaces pilotos y máquinas veloces, es donde se escriben historias de velocidad, destreza y emoción.

Cada miércoles, cuando el sol se oculta y la luna se alza en el firmamento, los entusiastas de las motocicletas de alta potencia convergen en lugares clandestinos, alejados de la mirada pública, pero siempre en el filo de la expectación.

El rugido de los motores rompe el silencio de la noche mientras los pilotos se alinean en la partida. La tensión es palpable, el olor a gasolina impregna el ambiente y los corazones laten al ritmo de los escapes que retumban con furia. Entonces, con un estruendo ensordecedor, las motos se lanzan hacia adelante, destellando luces y dejando estelas de fuego a su paso.

Las carreras son un espectáculo de habilidad y valentía. Los pilotos inclinan sus cuerpos en curvas imposibles, desafiando la gravedad mientras luchan por alcanzar la meta. Cada adelantamiento es una proeza, cada giro una danza de destreza sobre dos ruedas. El público, aunque reducido y discreto, vitorea a sus favoritos, alentándolos en cada tramo de la pista improvisada.

Pero los piques clandestinos no están exentos de riesgos. La velocidad extrema y la competencia feroz pueden tener consecuencias trágicas. Sin embargo, para muchos, el riesgo es parte del encanto, un desafío a las normas establecidas que solo intensifica la emoción de la competencia.

“La adrenalina es algo que no se puede explicar solo tienes que sentirlo”, dice Yeison Navarro con gran emoción; él y Camilo Iglesias, son corredores de motos de alto cilindraje, su pasión por las motos los llevó a dedicar horas interminables al estudio de cada detalle técnico, a perfeccionar su habilidad como pilotos y a explorar nuevas formas de exigir el máximo rendimiento de su moto. No se conformaban con simplemente ser espectadores; ellos querían sentir la adrenalina corriendo por sus venas, querían ser parte de la acción.

Camilo tiene dos años corriendo, mientras que Yeison ya lleva cinco en este mundo. Ha sido un largo camino de prácticas y adquisición de habilidades para poder ser los buenos pilotos que son hoy en día.

“La sensación que percibo es de felicidad y de libertad, es muy muy grata porque uno cuando va a más de 200 k/h, también se preocupa por no accidentarse y ahí es donde uno aprovecha y donde valora la vida”, expresa Camilo.

Al final de la noche, cuando los motores se enfrían y la adrenalina comienza a disminuir, los pilotos se reúnen intercambiando historias de victorias y derrotas, compartiendo la camaradería que solo aquellos que comparten una pasión tan ardiente pueden entender. ◦

La masacre de Río Manso: un capítulo oscuro en la historia de Tierralta

Por Luna María Espitia Portillo

Fotografía revista Semana.



Era el 20 de mayo de 2001 y el sol apenas asomaba sobre las montañas del Nudo del Paramillo cuando un grupo de cerca de 200 guerrilleros de los frentes 18 y 58 de las FARC, al mando de Joverman Sánchez Arroyave, alias “El Manteco”, y de Medardo Maturana Largacha, “El Negro Tomás”, irrumpieron en la apartada región de Río Manso, en el municipio de Tierralta, Córdoba.

Su objetivo era claro: “castigar” a la población civil por su presunto apoyo a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que también operaban en la zona y con las que las FARC se disputaban el control territorial.

Los guerrilleros, vestidos de camuflaje y portando armas de largo alcance, llegaron a la vereda El Tomate a las dos de la madrugada, rodearon las humildes viviendas y, sin mediar palabra, comenzaron a disparar indiscriminadamente.

Los habitantes, aterrorizados, salieron de sus casas buscando refugio en la oscuridad de la noche. Algunos lograron esconderse en la maleza, mientras que otros no tuvieron tanta suerte y fueron blanco de las balas asesinas.

Al amanecer, la comunidad se encontró con un panorama desolador: casas incendiadas, animales muertos y, en medio del barro y la sangre, los cuerpos sin vida de sus vecinos.

En total, 17 personas fueron asesinadas en la masacre de Río Manso. Entre las víctimas se encontraban campesinos, indígenas, afrodescendientes y menores de edad.

Entre las víctimas fatales se encontraba Efraín de Jesús Hernández, un joven de 22 años que se dedicaba a la agricultura. Su madre, María del Carmen Pérez, recuerda con dolor cómo los guerrilleros lo sacaron de su casa y lo ejecutaron a sangre fría. “Yo le gritaba que no lo mataran, que era un muchacho inocente, pero ellos no escucharon”, relata la mujer con lágrimas en los ojos.

Otra víctima de la masacre fue José Antonio Díaz, un líder comunal que había sido amenazado por las FARC en varias ocasiones por su trabajo en defensa de los Derechos Humanos. “Él era una persona muy querida por la comunidad”, recuerda su esposa, Ana Dolores Córdoba. “Su muerte dejó un gran vacío en todos nosotros”.

La masacre de Río Manso dejó una profunda herida en la comunidad de Tierralta. A 22 años de la tragedia, el dolor y la incertidumbre siguen presentes en las familias de las víctimas. “Todavía no podemos olvidar lo que pasó”, asegura Miriam Torres, una mujer que perdió a dos hermanos en la masacre. “Es una herida que nunca va a sanar”.

A pesar del tiempo transcurrido, los responsables de la masacre de Río Manso aún no han sido condenados. Aunque algunos excombatientes de las FARC han reconocido su participación en los hechos, la justicia ordinaria no ha avanzado en el proceso judicial. Las familias de las víctimas exigen que se haga justicia y que los responsables de este crimen paguen por sus actos.

Sin duda alguna, la masacre de Río Manso es un capítulo oscuro en la historia de Tierralta y de Colombia. Es un hecho que no debe ser olvidado para que nunca más se repita una tragedia similar.

Es importante recordar a las víctimas y mantener viva su memoria. Solo así podremos construir un futuro en paz y sin violencia.

El callejón de las mariposas

Por María Paula Arteaga Cuadrado



Tres amigas inseparables, Isa, Daniela y María Paula, consolidaban una amistad tan fuerte como el nudo del ocho, fortalecida por recurrentes salidas y planes juntas. Sus visitas a la casa de Isa se convirtieron en una parte fundamental de su rutina diaria, hasta que una tarde, un acontecimiento inesperado alteró su cotidianidad.

En una hamaca, bajo la sombra de dos árboles pomposos, descansaba un hombre de tez clara, alto y de aspecto apuesto, atrapando de inmediato la curiosidad de María Paula. Aunque al principio desestimó este encuentro, pronto este enigmático hombre se convirtió en el tema central de sus conversaciones.

Al siguiente día, el destino las llevó de nuevo a la casa de Isa. El hombre, que ahora se encontraba acompañado de un amigo, fue presentado oficialmente como su primo. María Paula, vestida con un conjunto azul que resaltaba su belleza, no pudo evitar sentir una conexión

interminable con él. Sus miradas entrelazadas desataron un juego de complicidad que encendió una chispa entre ambos. María Paula sintió cosquillas en su estomago, como si un trillón de orugas caminara por él. Era algo nuevo para ella.

Las semanas posteriores se caracterizaron por un torbellino de emociones para María Paula. Los mensajes entre ellos se hacían más largos, fortaleciendo un vínculo cada vez más sólido. Una noche, mientras estaba con sus amigas, encontró la excusa ideal para escapar y encontrarse con él.

En el ambiente íntimo de su auto, la fluidez natural de las palabras generó un clima de complicidad y confianza. Un beso suave e imprevisto provocó la transformación de esas orugas en mariposas, que revoloteaban cada vez que se miraban a los ojos, sellando el inicio de una historia de amor que llenó el corazón de María Paula de esperanza.

A pesar de la distancia física al concluir la noche, su mente y su corazón permanecieron anclados en el recuerdo, dejando los suspiros de María Paula en aquel callejón, el callejón de las mariposas.

Medellín, ciudad de flores y plomo en los años 80

Por Mariana Fernández Pérez



Fotografía Revista Semana, junio 1982

Las personas que vivieron en la ciudad de la eterna primavera entre 1980 y 1999 se despertaban con miedo y terror. Presenciaban fronteras invisibles a medio día, limpieza social en las tardes, tanto soleadas como lluviosas, y toques de queda para todos, excepto para la luna y las estrellas al anochecer.

“La primera vez que escuché de Pablo Escobar fue cuando estaba en quinto de primaria, alrededor de 1981. Yo estudiaba en la UPB de Medellín y recuerdo que el bus pasaba por el lado de la Universidad Nacional, el barrio Carlos C. Restrepo y ya llegaba hasta la Macarena. Por ese lado del río se veían puros tugurios. Entonces ya para ese mismo año, publicaron en las noticias que un señor Pablo Escobar iba a hacer un barrio que se llama ‘Medellín sin tugurios’. Para 1984 ya no había tugurios y la ciudad estaba bien”, relata Carlos Felipe Fernández, quien vivía en Medellín en aquella época.

El jefe del conocido “Cartel de Medellín” no quería quedarse en el anonimato: al mismo tiempo que realizaba obras benéficas en la ciudad y la adecuación de sesenta canchas de fútbol de los barrios menos favo-

recidos, tenía en marcha su negocio de tráfico de droga desde 1974. La mayor organización delictiva que le dio a Pablo una gran fortuna, con la capacidad de pagar incluso la deuda externa de Colombia.

En 1983 ya había sido fichado por la Revista Semana, que le dedicó un artículo bajo el título de “Un Robin Hood paisa”. Un alias que el mismo Escobar no contempló, pero que “le resultaba bastante interesante” según cita el periódico “El Tiempo.”

“Recuerdo por ejemplo que la cancha de La López en Manrique la iluminó y la enmalló él. Yo mismo subí a la cancha el día de la inauguración y vi como unas cien personas juntas y él estaba hablando con micrófono; hasta los mismos policías lo cuidaban para ese entonces. No podría asegurar de que lo vi, pero si lo escuché y sé que estuvo ahí. Amigos míos como Juan Carlos y uno al que le decíamos ‘loco’ lo vieron”

De esta manera el capo quería adentrarse en el mundo de la política, llegando a ser electo como suplente de Alberto Santofimio Botero a la Cámara de Representantes por el movimiento Alternativa Liberal a finales de los años setenta, principios de los ochenta.

“Pablo se empezó a ver en la política, pero también se empezó a regar por el barrio Manrique y por todo Medellín el cuento de la mafia, tanto así que dos amigas de mi tía se metieron en la mafia, porque una de ellas, Luz, se casó con un mafioso muy famoso de Manrique que le decían ‘Lito’ éramos hasta vecinos. Supuestamente era el dueño de una taberna y un edificio y de ahí salía la plata, pero comenzaron los rumores de que trabajaban para Pablo Escobar, él y el marido de Estela, la otra amiga de mi tía. Entonces los cuatro se vieron involucrados en la mafia y los mismos cuatro que mataron”.

En esa época asesinaban a las personas que traicionaban a la mafia, o se mataban entre las mismas bandas por dominio de territorios o por enemistades, eran los mismos mafiosos o sus familiares los que resultaban muertos en el alto de las Palmas, pero no existía guerra alguna entre los políticos o la fuerza pública y la mafia, que cada vez tomaba más fuerza tanto económica como social.

El fenómeno de la mafia fue creciendo sin control. En 1983 llegó al Ministerio de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, miembro del Nuevo Liberalismo, quien empezó a luchar contra los carteles de la droga, específicamente contra “El Cartel de Medellín” liderado por Pablo Escobar. El gobierno comenzó a desarrollar la idea de extraditar a los narcotraficantes a los Estados Unidos y a buscar la caída de Pablo Escobar a toda costa; junto con el coronel de la policía Jairo Ramírez Gómez, se empezó a probar el vínculo entre el capo y los negocios ilícitos, a la vez que el director y dueño del diario El Espectador Guillermo Cano Isaza publicaba editoriales revelando lo que realmente se ocultaba detrás de las actividades delictivas de Pablo, generando escándalo y baja de popularidad con la gente.

Viéndolo como única alternativa para quitarse esa piedra del zapato, Escobar se convierte en el autor intelectual del asesinato del Ministro de Justicia la noche del 30 de abril de 1984, así mismo, del director de El Espectador y del jefe de la Unidad Antinarcóticos, Jairo Ramírez Gómez en 1986.

En medio de esta declaración de guerra hacia el gobierno, el candidato a la presidencia de la república, Luis Carlos Galán Sarmiento, estaba detrás del rastro de Pablo Escobar, buscando su extradición y el fin de la mafia en el país, por lo cual, también es asesinado por órdenes de Pablo el 18 de agosto de 1989 durante una manifestación en Soacha, Cundinamarca.

Desde ese momento se declaró la guerra entre el narcotráfico y el gobierno, dejando una serie de crímenes atroces alrededor del país, ubicándose Medellín a la cabeza de las ciudades más peligrosas del mundo.

“En los noventa sí me tocó conocer las pandillas que armó la mafia, entonces ya habían permeado todo ese montón de jóvenes más vulnerables de Medellín; los armó, los entrenó y les empezó a dar bastante plata por matar policías y de todo, entonces armó los famosos combos de menores de edad, que se convirtieron en sicarios”.

Según explica Carlos Felipe, la idea de esos combos armados y delictivos era “matar policías y ladrones a la vez”, protegían los barrios de donde eran, pero tampoco dejaban actuar a la fuerza pública, convirtiéndose esto en un problema de seguridad.

Recuerda que en 1988, durante su estadía en el ejército, mientras prestaba servicio militar, hubo un atentado contra el general Samudio Molina que era el comandante de las fuerzas militares del país: “ese día nosotros por alguna razón rara, nos hicieron acostar obligados a las ocho y media de la noche, que generalmente, de las 360 noches que pasé allá, nos obligaron a dormirnos [como en] cinco. Y de esas, esa fue una, yo no sé si fue casualidad o que, ‘se tiene que acostar ya’, y eran las ocho y media, ‘y no puedo ver a nadie despierto’ y nos fuimos a acostar y apagaron las luces y todo. Estábamos en acuartelamiento de primer grado que quiere decir que hay que estar alerta... no logró coger al carro del general, pero sí a los escoltas”.

Rosalba Villa, madre de Carlos Felipe, narra el escalofriante momento cuando su hijo mayor fue reclutado y llevado a la Brigada de Bogotá. Dice que aquel 5 de enero de 1988 comenzó con un fuerte dolor de cabeza, vomito, a llorar sin parar y poco apetito en dos o tres días.

En 1990, el realismo mágico tomó vida en el país. Mientras que el gobierno, en cabeza de Cesar Gaviria daba una recompensa de cinco mil millones de pesos por Pablo Escobar, el narcotraficante pagaba diez mil dólares a quien matara un policía, y trecientos mil dólares por cada agente de la DEA, dejando así una cifra de 435 uniformados asesinados y cientos de civiles.

El 2 de diciembre de 1993, mientras Pablo hablaba por teléfono con su hijo, el grupo paramilitar llamado “Los Pepes” (Perseguidos por Pablo Escobar) quienes eran exsocios del capo, en compañía del Bloque de



Búsqueda, ubicaron la casa donde se escondía en Medellín y le dieron de baja mientras intentaba huir por el tejado.

Esto no fue el fin del narcotráfico y mucho menos de la violencia, pero sí un respiro para que la ciudad volviera a florecer. El edificio Mónaco, símbolo del poder de Escobar, fue demolido en febrero de 2019 y, en su lugar, se construyó el parque conmemorativo Inflexión, el cual rinde homenaje a las 46.612 víctimas del narcotráfico en Colombia. La comuna 13, uno de los viveros de los sicarios del patrón, atrae a miles de turistas cada año. El basurero de Moravia, por su parte, se ha convertido en uno de los grandes parques de la ciudad.

Medellín es una ciudad que ha sabido renacer, perdonar y seguir adelante con la determinación que caracteriza a los antioqueños, una ciudad que vivió su momento más oscuro por el narcotráfico, pero que poco a poco ha sido recuperada y vuelta un destino turístico de talla internacional. Un claro ejemplo de que los colombianos estamos dispuestos a hacer la paz, no la guerra.

Santos sacrificios

Por Sophie Pretelt Guzmán

Fotografía de Ana María Galvis



Procesión de Viernes Santo imagen de "La Dolorosa".
Fotografías cortesía Archivo Junta Pro- Semana Santa.

La Semana Santa más bonita se vive en un pueblito llamado Ciénaga de Oro, la Semana Santa de los “Santos Recogidos”, que se convirtió en patrimonio inmaterial de la Nación, la que tiene más de un siglo de tradición y una devoción que el arte de las manos orenses ha mantenido viva, esa misma que acoge todo lo bello de la cultura, la dedicación y sobre todo el esfuerzo, demostrando que el oro de esta tierra es la gente.

Eran las cinco y media de una acalorada tarde en el actual Museo de Tradiciones Populares y Religiosas de Ciénaga de Oro, cuando por fin, después de perseguir durante casi todo el día a Silvio Burgos y a Orlando Pretelt (directores de la Junta Pro-Semana Santa), en medio del ajetreo habitual de las semanas previas al evento mayor, vistiendo, dirigiendo, mandando, comprando, hasta regañando al resto de museístas, (aquellos que ayudan en la logística y los trabajos del museo) logré que se sentaran a hablar.

“Esta tradición como tal no nació de la noche a la mañana, ni nació cuando entramos [nosotros]”, es lo primero que dice Silvio al comenzar con el relato. La tradición de celebrar la Semana Santa es algo que ellos recogen, que ya venía de antes, un sentir y una piedad popular que trascendía en la identidad orense. Cuando Silvio y Orlando deciden integrarse a esta tradición a principios de los noventa se encuentran con una celebración de parroquia, algo bastante sencillo y simple, lo mínimo; el sacerdote con sus pasitos recorriendo las mismas tres calles sin pavimentar con imágenes mal vestidas y velitas de caridad. En sus memorias está el recuento, en ese momento, de solo 25 imágenes muy descuidadas que se montaban solamente para la ocasión especial de Semana Santa y se dejaban olvidadas en un rincón llenándose de polvo el resto del año.



Nazarenos cargando
paso de Los Judíos



Incienciaros Leopoldo
y Tomás Benavides 1982

Fotografías cortesía Archivo Junta Pro- Semana Santa.

En ese entonces no había necesidad de tener un museo, las imágenes se guardaban en las casas de familia, como en la de la mamá de Diógenes Carlos Hermosilla, otra parte en la casa de Silvio Burgos, donde Lucho Burgos, en el garaje de la doña Aidé Durango, en la Casa de la Cultura, y así cada imagen tenía su “custodio”. Estas imágenes se prestaban cada año y se organizaban en la iglesia para salir a procesionar. En las casas

se guardaba solamente la imagen religiosa, mientras que el “paso” o las plataformas de madera se guardaban en un pasillo de la Casa de la Cultura, y en la parroquia. Aunque la imaginería sufría mucho, se partían los dedos, se craquelaba la pintura, se rayaban, “No es lo mismo una imagen en manos cuidadosas que en unas que creen que es un bulto y las dejan tiradas por ahí”, comentaba Orlando. Esta dinámica funcionó por mucho tiempo, pero múltiples desacuerdos con el clero, o con el “sacerdote de turno”, que no les gustaba la piedad popular y siempre ponían trabas para las procesiones al no entender la importancia de esta tradición cuando ni siquiera eran de ahí, hicieron que se tomara la decisión de crear un lugar específico para guardar y preservar tanto los pasos como las imágenes, separándose así de la parroquia. Esos curas causaban muchos dolores de cabeza, así lo dijo Silvio: “Nosotros nos impusimos porque esta es una tradición del pueblo”.

En una de tantas anécdotas curiosas, cuentan que para el 95, cuando aún quedaban rezagos de la Junta anterior, Jaime Arroyo, Lucho Burgos, Pedro Soto Caraballo, entre otros que estaban encargados de gestionar todo lo relacionado a la manifestación, eran personas ya de avanzada edad, con “achaques”, con una mirada muy coloquial y parroquial de la tradición, de organizar todo ocho días antes, “se compran clavos, martillo, pinturas, se pinta rin rin y salió la Semana Santa”. Esto no le parecía nada bien a Silvio y a Orlando que ya habían visionado una trascendencia mayor para el evento, esto era más que armar un paso y sacarlo.

“Los come sabroso”, como los llamaban, en realidad se gastaban los fondos recaudados para la Semana Santa en la “comelona” de la festividad, no eran de los que iban a arreglar una imagen, estar pendientes del detalle, solo buscaban comer y tomarse unos tragos a costa de la tradición popular.

Ese mismo año había que comprar unas cosas para terminar de coordinar los últimos detalles para la procesión. Ni Silvio ni Orlando manejaban los recursos financieros, solo ayudaban en la logística del evento, por lo que en ese momento Orlando se dirigió a donde estaba reunida la junta anterior en la casa de Pedro Soto a pedir el dinero de las donaciones para usarlo en lo que faltaba, pero no se lo quisieron dar. Cuenta Silvio que “Orlando se emberracó y los insultó”, tanto que ellos

quedaron sorprendidos al ver como alguien tan joven les reclamaba por todo lo que estaban haciendo mal. Afirman que el abuelo de Orlando, Lucho Burgos, se quedó callado y aceptó las críticas, igual que el resto.

Fue en ese entonces que se dieron cuenta que la Junta tenía que cambiar, tenía que ser administrada de otra forma, con un aire joven y de innovación, tomar las riendas de todo aquello que se había abandonado por años y darle el porte que se merecía. Así es como oficialmente comienza la Junta Pro-Semana Santa de Ciénaga de Oro a cargo de Orlando Pretelt y Silvio Burgos.



Casa Museo y primeros museistas



Interior del antiguo museo



Cuarto donde se guardaban las imágenes

Fotografías cortesía Archivo Junta Pro- Semana Santa.

Ese fue solamente el inicio del verdadero proceso. En el 2003 la UNESCO expidió la Resolución de Patrimonio Inmaterial y, gracias al concejal Jorge Pinedo, se propuso la creación del Museo de Tradiciones Populares y Religiosas de Ciénaga de Oro. Todavía ellos no tenían claro lo de “patrimonio”, pero aun así adelantaban las acciones que tenían que ver con la conservación de esta hermosa tradición. Con la posesión del alcalde René Burgos en enero del 2004, se decretaron las procesiones de Semana Santa como Patrimonio Cultural de Ciénaga de Oro, designando también la antigua Escuela Nuestra Señora de Lourdes como sede del nuevo museo.

Originalmente, se habían cedido dos salones de la institución, el museo viejo era tétrico, macabro como me dijeron los primeros museístas; había muchas goteras, comején, ratones, cucarachas y, en general, parecía más un cementerio abandonado que un museo. Al principio se guardaban las imágenes en un cuarto pequeño y húmedo, llovía más adentro que afuera y el deterioro que causaba las afectaba mucho, por lo que se vio la necesidad de tener un taller en el museo; se crearon nuevas imágenes mientras que se arreglaban otras, había veces que se robaban los materiales, se dañaban cosas por las condiciones precarias que existían y todo esto fue uno de los tantos retos que Silvio y Orlando tuvieron que afrontar para sacar adelante esta manifestación. Sudor, sangre y sacrificio corría por las venas de aquellos que con pasión amaban a cada detalle, cada retablo, cada pieza, cada tela y cada esfuerzo que llevaba consigo la Semana Santa.

Entre el 2005 y 2006 se hicieron los primeros arreglos con apoyo de la administración pública. La alcaldía había decidido no solo apoyar la música sino también al resto de expresiones culturales representativas de la tradición orense. Se comenzaron los procesos de restauración y mantenimiento para resguardar la integridad de



Orlando Pretelt y Silvio Burgos, procesión de Jueves Santo. Fotografías cortesía Archivo Junta Pro- Semana Santa.

la manifestación, igual que se inició con la creación de unos nuevos enfoques que fortalecerían el proceso de salvaguarda sin saber muy bien en ese momento que era justo eso lo que estaban haciendo, lo cual es admirable.

La piedad popular era vital, era lo más importante, la razón por la que seguían trabajando cada día, justamente para proteger ese sentimiento, las vivencias, experiencias, por la gente; por darles a los oreños una manifestación única, algo que los haga sentir orgullosos, que les permita crecer y pasar de una procesión de parroquia a un acto que pueda ser apreciado en cada rincón del mundo. Esa era la misión de Silvio y Orlando, y lo lograron.

En el 2004 la manifestación de la Semana Santa de Ciénaga de Oro fue declarada Patrimonio Municipal. Seis años después, en 2011, se decretó en el Departamento; y, el 2016, fue incluida en la lista del Ministerio de Cultura en estado de revisión. En este proceso se abrió el abanico de cultura en seis campos, además de las procesiones: Medicina Espiritual, Cocina Tradicional, Elaboración de Objetos Artesanales, Artes Populares y Espacios Asociados a la manifestación, que le dieron a esta una integridad que demostró su real trascendencia.



Museo de Tradiciones Populares y Religiosas de Semana Santa de Ciénaga de Oro.
Fotografías cortesía Archivo Junta Pro- Semana Santa.

Después de “tanta persistencia e insistir”, como comentaba Orlando, pasaron por el municipio historiadores, antropólogos, fotógrafos, entre otros que dejaron un archivo con investigaciones y recursos muy diverso, además de contar con el acompañamiento de Mario Omar Fernández, Roger Serpa, Luis Fernando Arenas y el historiador patrimonialista David Cohen junto con UNIANDES y la Facultad de Artes y Humanidades que proporcionaron una asesoría para el Plan Especial de Salvaguardia de la tradición oreense, el cual logró en el año 2019, cuando la tradición fue declarada Patrimonio Inmaterial de la Nación.

Tras una lucha constante, un trabajo arduo y un sacrificio hecho con pasión, fe y devoción por manos oreenses, luego de tanto corretear, sufrir, esperar, se logró el reconocimiento que siempre se mereció: la Semana Santa más bonita se vive en un pueblito llamado Ciénaga de Oro. ◦

Emezeta: la voz que busca su lugar en el mundo

Por Valentina Álvarez Mercado



Fotografías: Valentina Álvarez Mercado

Sueño para hacer soñar

Manuel Zúñiga, más conocido como Emezeta, es un cantante urbano y artista del municipio de Ciénaga de Oro – Córdoba, que a lo largo de los años ha tomado fuerza a nivel regional, pero ¿qué hay detrás de la vida de un artista?, ¿qué lo inspira?, ¿cuáles son sus miedos?, ¿cuál es su intención como cantante urbano?, ¿cuál es la huella que quiere dejar en el mundo?

El reloj marca las 2:00 p. m. en el bulevar de estudiantes en la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) de Montería, en donde el calor es insoportable, pero las palabras y opiniones de Manuel hacen que

cada gota de sudor se convierta en una gota de esperanza. Su peculiar personalidad y estilo llaman la atención de cualquiera que tenga la oportunidad de conocerlo. Es un soñador que desea hacer conexión con las personas a través de la música, quiere que su público se sienta identificado con las buenas vibras y todas esas emociones que plasma en cada sencillo.

Entre risas cuenta que una de las cosas que lo caracterizan es su original nombre artístico (Emezeta), que no lo tuvo desde el principio. Afirma que su apodo era Manzu, pero al ver que no era el único artista en usarlo, decidió cambiarlo. Su nombre artístico representa su personalidad extrovertida, le gusta recibir atención y estar en los escenarios, cambiar vidas y hacer que las personas puedan sentirse bien con lo que ven y escuchan a través de su imagen y talento.

Pensativo y con la mirada perdida dice que sus inicios no fueron fáciles, el reconocimiento y el mundo de la música es complicado; sin embargo, su amor por el arte le permitió alcanzar su propósito, así como su hermano, que empezó su vida artística antes que él y quien lo motivó a cantar de manera empírica.



Fotografías: Instagram Emezeta

Al principio muchos se burlaban y hablaban de su voz, ya que consideraban que no cantaba bien, no obstante, tomó cursos de técnica vocal y se fortaleció; aprendió a tocar guitarra, estudió Comunicación Social – Periodismo, se adentró de manera exponencial en el mundo audiovisual y, por supuesto, creció en la música.

Se define como un hombre inspirador y romántico, tanto en sus canciones como en su vida personal. La música urbana lo hace ser él mismo y le da la libertad de vestir con el flow, tal y como lo menciona. Va por el mundo sin hacerle daño a nadie y trata que en el lugar en donde esté se respire buena vibra. Soñador y flow, sus palabras más representativas, trata de hacer todo con ellas: su corte y ropa, sus palabras, ritmos y vida cotidiana; no es un ser común, es flow en todo él.

Las relaciones interpersonales han jugado y juegan un papel importante en todo lo que hace. Explica que él atrae todo lo que es, y atrae a las personas que le aportan y lo apoyan en su crecimiento personal y profesional. La estigmatización y los señalamientos han estado presentes en su trayectoria, por su forma de vestir y de actuar, este es un punto negativo que más que un artista, afrontarlo como persona es difícil y complicado. Las injusticias y los malos comentarios han estado presente. Aunque él pretende romper con todos esos estereotipos, dice que las personas no miden las afectaciones que ocasionan sus opiniones, pues dañan la estabilidad y hacen que sus palabras despectivas sean contraproducentes para los demás.



Fotografía: Instagram Emezeta

De joven lo juzgaban por componer raps y ritmos en la esquina de su casa, tachándolo de nocivo y de andar en malos pasos, aun así, sueños y más sueños. En el centro completo de su existir se desprendió de esas malas vibras y quiere dedicarse de lleno a la música, que contiene lo más preciado que busca: la autenticidad, su esencia positiva, y quedarse con lo bueno en todo momento. Todo esto con el fin de sacar a su familia adelante y crecer con la ayuda de Dios. Opina que “si no caminas con Dios es muy difícil que te vaya bien, el ser auténtico es gracias a Dios”.

Ha pasado períodos oscuros, pero su entrega a su carrera lo ha hecho salir adelante y triunfar. De forma expresiva y puntual dice que ante circunstancias problemáticas escribe raps. Uno de ellos dice así:

“No he podido salir de esta oscuridad en las que todos mis sueños se van a derrumbar, es muy difícil tener que demostrar a la gente lo difícil que ha sido mantener las ganas de cantar, porque la frustración de estar trabajando y que todavía no se haya dado. Cuantas veces he llorado en soledad, cuantas veces dije no escribiré más y he sentido ansiedad y esta es la frase contundente, mis canciones están presas y tengo miedo de no sacarlas jamás”.

Él mismo le diría al Manuel del pasado que crea, que vea su potencial, no importa lo que diga la gente, le diría “no te dejes pisar, lucha por tus sueños, no dejes que nadie diga lo contrario”. Actualmente está luchando por sus anhelos, hace música por él mismo, pero quiere que su música sea un motivo de felicidad, para combatir la tristeza, recibir el amor y el crecimiento. Si solo hay una sola persona que escuche su música, por esa persona seguirá componiendo, no tienen que ser cuatro mil o cinco mil personas, por una sola seguiría con su pasión y, por supuesto, con el propósito de impactar.



Fotografías: Instagram Emezeta

No podremos esperar malicias de él, mucho menos ofensas. Sueña, eso sí, para que otros sueñen, de manera que su mensaje se expanda: “esfuérzate, lucha por tus sueños, que es la esencia de que nada en la vida es imposible y si te lo propones, lo lograrás”, tal y como lo plasma en su arte, “tú eres capaz de ser eso que tanto anhelas”.

Con el sol en su punto más alto y exasperante, su camisa sudorosa y cabello despeinado, concluye afirmando que son proyectos, metas y más sueños los que vendrán para el futuro, y es de certeza saber que su calidad humana y su forma de ver el mundo algún día lo catapultarán como uno de los artistas más reconocidos y respetados de la industria, sin perder esa esencia y esa calidad que lo hacen ser Emezeta. ◦

Fronteras invisibles

Por Valentina Cruz Oyola



Octubre de 2003, un día cualquiera y la motocicleta sube trepidando por la calleja empinada de aceras angostas, mientras dos perros esqueléticos corren detrás enardecidos. El ruido del motor y los ladridos, convertidos en un eco interminable, se aprisiona entre las hileras de casas con techos bajos y puertas oxidadas que hay en cada orilla de la calle. El aire está cargado de tensión, y ya los niños no juegan en el barrio. En la esquina, solo hay un par de muchachos con miradas furtivas y gestos cargados de desconfianza, tienen rostros endurecidos y fríos, tal vez por la vida en un contexto de crudeza que los ha obligado a crecer demasiado rápido.

El motor cesa de gritar, Gabriel desciende de la moto y los perros se dispersan, perezosos, a seguir lamiéndose las heridas.

Gabriel, padre de familia aquí y mesero al otro lado de la ciudad, no tiene necesidad de tocar la puerta porque la de su casa no tiene de esas aldabas excéntricas de las mansiones y prescinde de los enormes cerrojos

que emplean quienes tienen muchas cosas por custodiar. Tira de la cuerda que asoma por la ventana e inmediatamente empuja la puerta cuando siente que la cuerda corre el pasador.

Dentro, el televisor pequeño, de frente ovalada y espalda protuberante, está lanzando rayos de luz descolorida sobre tres muebles ennegrecidos que hay en la sala. El bombillo amarillento le da a su dueño la bienvenida a un hogar que, a pesar de todo, tiene luz propia, que permite mirar los rostros amados durante las horas pesarasas en que el sol se hunde inexorable dentro de las fauces de una noche fría.

Nadie está en la sala y el pasillo que lleva a la cocina despide un vago olor a huevo. Gabriel enciende la luz del pasillo y escucha a Mariela que prepara la mesa.

—Amor, llegas tarde— le dice Mariela —ya estaba a punto de llamar a los muchachos para cenar sin ti.

—Estuve donde Arturo porque las bujías de la moto están fallando— responde él mientras desata los cordones de sus zapatos. —Marlon, Santiago. ¡Vengan a comer!— grita la madre.

Marlon estudia contabilidad gracias a un programa gubernamental de becas y Santiago tiene malas compañías. Conviven en el mismo cuarto, descansan en un camarote de madera que sus padres adquirieron cuando Marlon tenía siete años y Santiago cinco, Marlon arriba y Santiago abajo. Son delgados, tienen mandíbula prominente, cejas pobladas y no les gusta la oscuridad.

Gabriel, Mariela, Marlon y Santiago constituyen en la mesa la reunión de cuatro vidas magníficas que se contemplan a veces sin reconocerse y otras amándose tanto como pueden. Son una familia, son la evocación de la unión indescifrable de los cuerpos paternos, son la convivencia cotidiana de sus tonos de voz inconfundibles y están ligados además por las confidencias inequívocas de los secretos familiares. Aun cuando no lo piensan, son una misma sangre, están bañados por un mismo torrente y la mesa en la que comen solo es una excusa para mirarse a los ojos con afecto.

Santiago ya terminó de comer. Se pone de pie y se dispone a salir.

—Ya te dije que no vas a ir a ninguna parte esta noche— exclama su madre con expresión severa.

—El barrio está muy peligroso y ayer casi matan a tu primo.

Santiago sigue de pie. Mira a su madre con displicencia y sale sin decir palabra.

—Acompáñalo— le dice Gabriel a su otro hijo.

De la nada, secos, infinitos, increíbles y mortales sonidos de disparos se oyen tras la puerta. Quién podría imaginarse que dos disparos fueran tan letales. Gabriel corre sin sentido. Mariela grita. Los dos hijos están tendidos entre la acera y la calle. Gabriel se baña en su sangre, los trata de revivir, se desgarrá en peticiones de auxilio, implora al cielo por el retroceso de dos minutos de existencia. Mariela cae desmayada. Ya es tarde, la vida ha dejado de existir en un barrio con fronteras invisibles.

Un partido aparte: Millonarios vs. Nacional

Por Juan David Ruíz Gómez



Partido Millonarios vs. Nacional. Copa Libertadores de 1989

La mítica Copa Libertadores de 1989

Cuando juegan Millonarios y Nacional, dos grandes equipos del fútbol colombiano, se considera un clásico nacional, ya que tienen una rivalidad histórica.

Esta rivalidad futbolística empezó en 1989, cuando Atlético Nacional eliminó a Millonarios en el estadio El Campín por la Copa Libertadores de América, el torneo más importante del continente. Después de haber eliminado al conjunto capitalino, Nacional le ganó la final al Olimpia de Paraguay en penales, convirtiéndose en el primer equipo colombiano en ganar este evento deportivo.

Primer semestre de 2023

El año 2023 fue un año de alegrías para unos y tristezas para otros. En este año, rolos y paisas se enfrentaron en nueve partidos, cuatro de los cuales marcaron la diferencia. Se habla de la final de la Liga y la final de la Copa.

El 21 de junio del mismo año se disputó la final ida entre Nacional y Millonarios de la Liga en el estadio Atanasio Girardot de Medellín. Fue un partido muy cerrado, los equipos con pocas aproximaciones de gol, muy reservados en ataque, que concluyó con un marcador de 0-0. Todo se definía el sábado 24 de junio en el estadio El Campín de Bogotá.



Estadios Atanasio Girardot (Medellín) y El Campín (Bogotá). Foto Win Sports Online

Llegó el gran día, ese en el que uno de estos equipos se consagraría campeón del primer semestre del fútbol colombiano; esta vez el local era Millonarios. Iniciaba el compromiso, el árbitro fue Carlos Betancur, quien dio la orden para comenzar el primer tiempo. En los primeros 25 minutos de juego se veía lo mismo que en el partido de ida, es decir, ambos equipos muy cerrados, pero en una jugada al minuto 31, cuando “el verde” tenía la posesión del balón, Danovis Banguero recibió un pase de Dorlan Pabón y centró al área, y el balón lo impactó el goleador Jefferson “La fieria” Duque. De esta se manera anotó el 1-0 a favor del equipo verdolaga, con lo que el cuadro Atlético Nacional se consagraba campeón parcial, pero aún faltaba mucho partido.

La primera parte llegó a su fin. Después de los 15 minutos de descanso entre tiempos, se inició la segunda mitad. Millonarios atacaba y Nacional se defendía; así por los primeros 25 minutos del segundo

tiempo, hasta que en el minuto 70, un tiro de esquina cobrado por Daniel Cataño llegó al área. Los jugadores de Nacional intentaron despejar el balón, pero lo hicieron a medias. El balón le cayó a Andrés Llinás, defensor central de Millonarios, que con un zapatazo venció la portería de Kevin Mier y empató la final 1-1.



Celebración del gol
de Atlético Nacional



Andrés Llinás en el gol
del empate

Fotos Win Sports Online

Empató millos y solo faltaban 20 minutos para el final del partido. De seguir igualados implicaba cobros desde el punto blanco del penal. Durante los restantes 20 minutos de juego no pasó nada. Carlos Betancur, juez central del compromiso, marcó el final del partido indicando que la final debía definirse con penales.

La tanda la inició Atlético Nacional, y quien mejor que Dorlan Pabón para cobrar el primer penal, pero pasó lo impensable, “Memín” falló el cobro tirando el balón por los aires. Se preparaba Jader Valencia, el primer jugador de Millonarios, para patear en los penales. Cuando todos pensaban que se pondría en ventaja el elenco azul, Valencia mandó el balón a las gradas con un mal cobro del penal y seguían igualados 0-0.

Seguía el segundo cobro de Nacional, vendría Danovis Banguero que con precisión marcó su penal engañando al portero. La serie se puso 0-1. El siguiente cobro para Millonarios estuvo a cargo de Jorge Arias, que con un zapatazo le quemó las manos a Kevin Mier y anotó su penal, para poner la serie 1-1. Al tercer cobro de Nacional se dirigió el autor del gol, Jefferson Duque; que anotó y marcó el 1-2 a favor de los paisas.

Luego cobró Juan Pereira de Millonarios, que anotó y puso la serie 2-2. El cuarto penal para Nacional lo cobró el experimentado jugador Cristian Zapata, que fue atajado por el portero. Luego cobró para millos Luis Ruíz, que, si lo hacía, el equipo embajador se iba en ventaja, pero Kevin Mier atajó el penal y la serie seguía 2-2.

Vendrían los penales decisivos: el quinto y último. El de Nacional fue cobrado por Jarlan Barrera, que de una manera absurda cobró el penal, muy mal y lo atajó Montero, indicando así que, si millos anotaba el último penal, sería el campeón. Larry Vázquez se puso al frente de la pelota para ejecutar su cobro. Con un zapatazo engañó a Mier y ganaron la serie de penales 3-2, así que Millonarios se consagró campeón.

Las revanchas del fútbol

En el fútbol siempre hay revanchas y fue lo que pasó con Nacional, que se clasificó para la final de la Copa Colombia y esperaba su contrincante del vencedor del partido entre Cúcuta Deportivo y Millonarios. Con un global 1-2, el equipo bogotano eliminó al nortesantandereano, determinándose un nuevo enfrentamiento deportivo en otra final entre los dos equipos.

Colombia se paralizó por una nueva final entre estos dos grandes del fútbol colombiano. Solo habían pasado cuatro meses del final de liga que ganó Millonarios. En este caso, el partido de ida sería en Bogotá, en el estadio Nemesio Camacho El Campín, y la vuelta en Medellín, en el Atanasio Girardot.

El 15 de noviembre, el partido de ida en El Campín, estadio completamente azul. Jhon Hinestroza, el árbitro central, marcó el inicio del partido. Un arranque lleno de emociones y aproximaciones para ambos equipos, tanto así que Nacional se iba en ventaja en los 20 minutos del primer tiempo con el primer tanto.

El equipo verdolaga mantenía la posesión del balón y así concluyó el primer tiempo. En el segundo tiempo Millonarios se dedicó completamente al ataque y Nacional a defenderse, resultado que le dio frutos al equipo embajador, pues al minuto 66 Harlen “Chipi Chipi” Castillo

le cometió una falta grave al delantero embajador Leonardo Castro. El árbitro pitó pena máxima, pero al cobro del mismo se dio una fenomenal atajada del guardameta verdolaga, que ahogó el grito de gol de los más de 37 mil aficionados en el Campín.

Pero como el fútbol siempre da revanchas, una jugada de Millonarios dejó el balón en los pies de Steven Vega, que con un gran centro que impactó de Cabeza Leonardo Castro, marcó el empate del partido al minuto 80 y las cosas se podían 1-1. Todo se definiría en el partido de vuelta en Medellín.

El 23 de noviembre de 2023 fue la fecha del encuentro futbolero. El pitazo inicial lo dio el árbitro Carlos Betancur, quien le anuló dos goles a Millonarios por fuera de lugar y uno a Nacional por una mano. Un primer tiempo movido, pero terminó sin gritos de gol.

En el segundo tiempo era Millonarios quien tenía el balón, tanto así que al minuto 59 Omar Bertel le puso un pase desde la mitad de la cancha a Leonardo Castro, que con una definición mágica bañó al portero y anotó el 0-1 en el partido, poniendo la serie 1-2 a favor de Millonarios. Al terminar el segundo tiempo, se dieron 5 minutos de reposición y en el 90+1, Aguirre de cabeza estrelló una pelota en el poste.

Minuto 90+3 y el Atanasio a las expectativas de ese agónico gol que empataría la serie. Nacional tenía el balón y lo intentaba, hasta que Brayan Palacios centró un balón a ras de piso y con un toque ligero, Aguirre desvió el balón que entró al fondo de la portería, ¡Gol de Nacional! Gol de Aguirre a tan solo 2 minutos de que acabará el partido. El partido lo empataba el equipo Paisa 1-1 y la serie se ponía 2-2, y nuevamente se iban a los lanzamientos desde el punto blanco del penal.

Los penales los iniciaba Millonarios con Juan Pereira que anotó el 0-1. Jefferson Duque por Nacional también anotó para el 1-1. Segundo lanzamiento para millos, al cobro iba Jorge Arias, que de buena manera marcó su penal y puso a Millonarios en ventaja por la mínima. Para Nacional iba al cobro Robert Mejía, que con un zapatazo todos pensaron que iba a perder el penal, pues el jugador le pegó tan fuerte que el balón impactó en el travesaño y de pica barra entró y anotó el 2-2 en los penales.

La serie empatada y los jugadores no fallaban. Al tercer cobro embajador le pegaría al balón Juan Vargas, jugador costarricense que engañaba al portero de Nacional y ponía el 2-3 a favor de los azules. El tercer penal de Nacional tuvo una particularidad: al cobro iba el portero, Kevin Leonardo Mier, que con un zapatazo al ángulo superior derecho marcó su penal y puso la serie 3-3.

Vendría el cuarto penal para Millos, al cobro Edgar Guerra, que fue anticipado por el portero, quien atajó el penal y la serie seguía igualada, pero Nacional tenía un cobro más y se podría ir en ventaja. Iba al cobro Sergio Mosquera, defensa del equipo verdolaga, que con un zapatazo al ángulo superior izquierdo anotó el gol que puso en ventaja a los verdes con un marcador de 4-3 en los penales. Último penal para Millonarios, al cobro Larry Vázquez, que tenía la presión de la derrota, si fallaba, Nacional era campeón, pero con cabeza fría Larry anotó su penal y puso las cosas 4-4.

Último penal de la tanda a favor de Nacional, que, de convertirlo, ponía las cosas 5-4 y se convertirían en los campeones de la Copa Colombia 2023. Al cobro iba el venezolano Erick Ramírez, que con una definición al ángulo inferior derecho anotó el quinto penal para Nacional y así el equipo verde paisa se consagró campeón de la Copa Colombia 2023.

Y así es como el fútbol siempre da revanchas. Así como Nacional perdió la primera final con Millonarios, también desde el punto del penal, así mismo le ganó a Millonarios en la Segunda final. El partido Nacional vs. Millonarios siempre será un partido aparte, un partido de emociones y con un gran nivel futbolístico, los dos mejores equipos del fútbol profesional colombiano.



Leonardo Castro celebrando su anotación



Felipe Aguirre luego de anotar el empate

Fotos Win Sports Online



**Universidad
Pontificia
Bolivariana**

SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto.
La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.

Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565
o vía correo electrónico a editorial@upb.edu.co

Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación,
su nombre, correo electrónico y número telefónico.

Antonio Ramos: marcado por la violencia bipartidista en San Onofre

Por Alix Dayana Peña Ramos

Alcira Contreras, una oyente perpetua

Por Biana Liz Contreras Fernández

Un legado de trabajo, fe y amor.

La historia de una mujer extraordinaria: mi abuela

Por Connie María Castillo Zabala

Llorar por un viernes

Por Daniela Padilla Garcés

Villa Fátima: la tierrita del olvido

Por Diana Sofía López Ruiz

La palabra “Amor” hecha persona

Por Isa Carolina Pérez Ceballos

Pa’, creo que nos perdimos

Por Isabella Guerrero Olarte

Familia Quintero Obagi.

Cuando el cáncer toca la puerta: una batalla de fe

Por Isabella Quintero Obagi

Sara Khoshbin Rojas. La esperanza y la fe siempre van de la mano

Por Juan Ignacio Acosta David

Un legado de sabor y servicio

Por Juliana Martínez Vergara

La resiliencia de Lilia y el verdadero significado de esperanza

Por Laura Marcela Núñez Soto

Coraje y resiliencia: la inspiradora historia de Álvaro Sánchez

Por Lluvia Carolina González Rodríguez

Pasión sobre dos ruedas: velocidad, destreza y pasión en un espectáculo de adrenalina pura

Por Luisa Fernanda Ortiz Berrocal

La masacre de Río Manso: un capítulo oscuro en la historia de Tierralta

Por Luna María Espitia Portillo

El callejón de las mariposas

Por María Paula Arteaga Cuadrado

Medellín, ciudad de flores y plomo en los años 80

Por Mariana Fernández Pérez

Santos sacrificios

Por Sophie Pretelt Guzmán

Emezeta: la voz que busca su lugar en el mundo

Por Valentina Álvarez Mercado

Fronteras invisibles

Por Valentina Cruz Oyola

Un partido aparte: Millonarios vs. Nacional

Por Juan David Ruiz Gómez

